

## *La escasez de vestuario y calzado en la Guerra de Cuba*

Ismael SARMIENTO RAMÍREZ<sup>1</sup>  
Dibujos de Martha MOSQUERA<sup>2</sup>

Si partimos de la premisa de que en las áreas rurales es donde previamente hay mayor falta de recursos materiales, y que en determinadas zonas del Departamento Oriental de la Isla de Cuba se sufren aún más esta situación en los años de guerras, se explica fácilmente la insuficiencia de vestuario y calzado en el «Ejército Libertador de Cuba». A pesar de afectar ésta desde antes a la población menos favorecida, se hace más aguda entre los años 1868-1898, hasta propagarse por todos los territorios del país donde operaban los insurrectos cubanos.

La información que hemos recopilado de esta particular situación es abundante. La bibliografía de la guerra recoge el tema de la desnudez o el mal estado de la vestimenta de los mambises como una de las dificultades más perentorias de las fuerzas cubanas. En muchos de los testimonios personales, diarios de campaña, relatos y episodios de la guerra escritos por cubanos, se habla de la escasez de ropa y calzado y de las gestiones que realizó el mambí para cubrir su cuerpo casi desnudo. Tampoco se ignora esta cuestión en estudios que se refieren a la guerra en el campo de la insurrección y a la participación española. La escasez material del «Ejército Libertador de Cuba» así como las del Ejército Español en operaciones no escapan a la crítica de autores cubanos y españoles, pese a que consideramos que muchas son verdaderamente exageradas.

Las fuentes documentales, principalmente las de la Cuba española, hablan de desnudez en las fuerzas cubanas de forma generalizada; y al no ser en casos específicos donde se describe al mambí en un despojo absoluto de las

---

<sup>1</sup> Historiador cubano residente en España.

<sup>2</sup> Diseñadora gráfica, Santiago de Cuba.

prendas de vestir, en los restantes ejemplos, más que relatar la existencia de fuerzas completamente desnudas se refieren al mal estado de las ropas de los insurrectos, lo que es un matiz significativo. No es lo mismo hablar de hombres mal vestidos que de hombres desnudos, y el que no se establezca esta diferencia ha incidido en que se generalice más de lo debido el estado lamentable que los miembros del Ejército Libertador de Cuba muestran en ocasiones.

La población más puritana se sentía ofendida cuando al andar por las calles y veredas se encontraba a los esclavos en ciudades y plantaciones en entera desnudez, ligeros de ropas, transparentes los calzones y el vestuario hecho jirones; esto se repite con las fuerzas cubanas al deteriorarse la ropa y el calzado y no tener cómo ni dónde renovarlos. No debe verse como lo más común de los cubanos en la guerra, aunque existieron columnas completas en las que se sufría el máximo de éstas y de otras privaciones.

En el caso específico del «Ejército Libertador de Cuba», donde se reitera que la desnudez se da en todo momento, estimamos se trate de situaciones transitorias; no puede afirmarse que fue en todas las fuerzas y territorios de la insurrección. Existieron momentos críticos en los que el soldado quedó completamente desnudo, como otros en los que el mambí se permitió vestir correctamente bien, y el vestuario, por su limpieza, se asemejaba al de cualquier otro hombre que vestía en tiempo de paz.

La propia información del Ejército Español en operaciones descubre que no siempre los mambises iban mal vestidos. Por ejemplo, en la Guerra de los Diez Años, el Comandante Militar de la jurisdicción de Remedios, refiriéndose a las manifestaciones de los oficiales heridos en la acción de Yaguajay, señaló que «estos eran más de 600 bien armados y mejor vestidos»<sup>3</sup>. Apreciación que igualmente se corrobora en otro de los partes de operaciones, en el que el comandante español Pérez Vega, al comentar los resultados de su columna en esta zona de Remedios, dijo: «parece haber mejorado la situación de los insurrectos, no existe uniformidad en su vestido, pero han dejado la desnudez que los caracterizaban en esta zona»<sup>4</sup>.

Asimismo, la historia de la insurrección recoge descripciones de líderes mambises que pasaron la mayor parte del tiempo de las guerras con pésimas vestimentas, y realza la imagen de otros que, a pesar de la escasez, se preocuparon por vestir bien y porque los oficiales y soldados que estaban bajo sus órdenes respondieran al mantenimiento de ese gusto, junto a la más estricta higiene. Aquí destacamos la imagen del mayor general Antonio Maceo Grajales, admirado, tanto por sus probadas dotes militares e intransigencia re-

---

<sup>3</sup> Servicio Histórico Militar, Madrid (SHM), sec. *Ponencia de Ultramar*, fdo. Cuba 57, ser. *Insurrección*, leg. 2, arm. 5, tab. 1.ª, micr. n.º 21, doc. [s/n].

<sup>4</sup> *Ibidem*.

volucionaria, como por su pulcritud, cuidado físico y elegancia<sup>5</sup>; ejemplo que en él fue igualmente válido en la Guerra de los Diez Años y en la Guerra de 1895. Nunca se ha dicho que el mulato que protestó en Baraguá contra la firma del Pacto del Zanjón en 1878, y que puso tantas veces en jaque a las columnas españolas, anduviera, con sus trajes de colores claros y altas polainas, sucio o roto. Características, que de ser contraria, no pasaría inadvertida en la apreciación de cualquiera de los numerosos testigos que lo conocieron<sup>6</sup>.

Más que el mal vestir de los soldados, interesaba a los líderes revolucionarios otros quehaceres de la vida material, como la recuperación de armamentos, la alimentación cuando no se tenía que comer, el suministro de medicamentos a los hospitales o la construcción de ranchos en las maniguas más inaccesibles donde no podían llegar las columnas españolas, y de este modo cuidar a los enfermos hasta su recuperación y permitir a las familias insurrectas vivir con seguridad en los campos de Cuba libre.

Pero andar desnudos y sin uniforme militar podía igualmente utilizarse para objetivos tácticos de las fuerzas cubanas. Durante la noche, que era cuando se realizaban más reconocimientos en las zonas enemigas, los mandos mambises se valían de la desnudez de los soldados negros para ir en exploración y para que penetraran en las áreas donde acampaban las columnas españolas. De esta forma, con la seguridad de que no eran vistos a determinada distancia, planeaban los combates y el mejor trayecto por donde ordenar la retirada de las tropas en caso de fracaso de la acción. Por Fernando Figueredo Socarrás sabemos que, en el ataque al poblado de Yara en la Guerra de los Diez Años, para conocerse entre sí los cubanos en la oscuridad, entraban sin camisa, desnudos de cintura hacia arriba<sup>7</sup>; y Antonio Díaz Benzo, en *Pequeñeces de la guerra de Cuba por un español*, nos dice que el general Máximo Gómez atravesó la trocha de Júcaro a Morón gracias al reconocimiento del punto de paso por dos negros desnudos que a gatas y gruñendo imitaban el rastreo de los cerdos cimarrones, todavía presentes en los campos cubanos<sup>8</sup>.

<sup>5</sup> Antonio ROSAL y VÁZQUEZ DE MONDRAGÓN: *En la manigua, diario de mi cautiverio*, Madrid, Impr. de Bernardino y Cao, 1876, p. 32.

<sup>6</sup> José LUCIANO FRANCO, el historiador más consagrado al estudio de la vida del mayor general Antonio MACEO, en entrevista a Rolando GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, conductor de programas televisivo en Santiago de Cuba, manifiesta: «era un hombre que le gustaba vestirse bien, bañarse, estar aseado y por regla general su conversación era correcta y no de desesperación como se coloca casi siempre...»; Rolando GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, «Maceo: El cubano que más conoció la América (entrevista a José LUCIANO FRANCO)», en *Visión Múltiple de Antonio Maceo*, [Colectivo de Autores], Santiago de Cuba, Ed. Oriente, 1998, p. 273.

<sup>7</sup> Serafín SÁNCHEZ VALDIVIA, *Héroes humildes y los poetas de la guerra*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1981, p. 115.

<sup>8</sup> Antonio DÍAZ BENZO, *Pequeñeces de la guerra de Cuba por un español*, Madrid, Impr. de los Hijos de M. G. Hernández, 1897, p. 66.

A la ausencia de uniforme militar las fuerzas cubanas le sacaron partido, principalmente en la utilización de soldados con misiones individuales y en los hombres-correo que transitaban la Isla de una punta a la otra. El operar vestido a la usanza campesina, y a veces envuelto en harapos, posibilitaba la inadvertencia del mambí a la vista del soldado español. Esto permitía que se mezclara con la población campesina pacífica y que transitara con mayor libertad por los campos, introduciéndose una y otra vez en los poblados como un guajiro más que violaba los cercos y las guarniciones enemigas.

En estas arriesgadas misiones muchos de los mambises perdieron la vida. No digamos que fue sólo porque se delataban al llevar el típico vestuario campesino, pues al final era el más usado por los soldados cubanos y esa apariencia de mambí a todo hombre vestido de guajiro; pues un saludo o contraseña equivocada hacía perder la vida. Ante la pregunta de ¡Alto! ¿quién va?, el cubano contestaba ¡viva Cuba libre!; pero si en vez de ser cubano era español el otro transeúnte y grita ¡Alto! ¿quién vive? y el insurrecto respondía ¡viva Cuba libre!, y no ¡España!, el encuentro concluía en una refriega de disparos o en un duelo a machetazos.

## 1. LA DESNUDEZ Y EL PÉSIMO ESTADO DEL SOLDADO INSURRECTO CUBANO

Debido al carácter de movilidad de las partidas insurrectas en la Guerra, el vestuario y el calzado de los combatientes se deterioró tanto que en muchas ocasiones las tropas del «Ejército Libertador de Cuba» llegaron a presentar un estado verdaderamente lamentable. Pensamos que las variaciones continuas que los vestidos experimentaban, no sólo en sus formas sino en la calidad de las telas empleadas para confeccionarlos, junto al mantenimiento de la misma ropa puesta durante las marchas, con la que recibía numerosos aguaceros y se metía en ríos y lodazales, fueron causas de que el soldado, en muy corto tiempo, terminara con la ropa destrozada y sin zapatos. Tanto en la Guerra de los Diez Años como en la Guerra de 1895, existieron compañías de hombres desnudos y descalzos en las fuerzas cubanas, y otras cuyos jefes y soldados vestían con sábanas ahuecadas al centro, taparrabos, camisas de falda larga confeccionadas de sacos donde se envasaban azúcar, café y harina, pedazos de tela cruzada que sujetaban con la cartuchera y con los más variados modelos de calzados, casi todos improvisados.

Un hábito, de los habitantes del campo, que adquirió el mambí fue andar sin camisa. Abundaban los soldados desprovistos de ropa de la cintura para arriba y, de la práctica cotidiana y de la variable temperatura de la Isla, Carlos Manuel de Céspedes consignó en su *Diario*: «solamente los cubanos que so-



mos de hierro, pudiéramos resistir esas alternativas atmosféricas á la intemperie y algunos completamente desnudos»<sup>9</sup>; y aunque se diga, como forma de combatir la adversidad, que este hecho los robustecía, ha de entenderse que la elevada temperatura y la excesiva humedad atmosférica, propios del clima tropical, hicieron que esta continuada práctica derivara en enfermedades que modificaban muy pronto su funcionamiento orgánico.

Otra de las limitaciones del soldado que se volvió cotidiana, y que para muchos resultó de conveniencia en la vida de la manigua, fue la falta de calcetines<sup>10</sup>. Si para la gran mayoría no constituía hábito, en las largas caminatas del mambí se echaba en falta, y más, en los días lluviosos, cuando al humedecerse el pie, el roce de la piel con el calzado lo cubría de llagas<sup>11</sup>.

La cubana Eva Adán Rodríguez, que vivió accidentalmente en la manigua junto a las familias de los insurrectos (desde noviembre de 1868 a mayo de 1870) dijo que cuando los mambises se iban acercando a los ranchos siempre se adelanta el primero para avisar a los moradores diciéndoles: «si hay mujeres que se escondan que ahí viene la campaña»<sup>12</sup>.

El militar español Antonio Rosal Vázquez de Mondragón, en *Los mambises. Memorias de un prisionero*, al describir las costumbres de los insurrectos, el modo de vivir y concebir la guerra, sus recursos y sus cualidades, hizo observaciones de la vestimenta de los cubanos. Para él la ropa y demás prendas de vestir que usaban los mambises en el Departamento Oriental de la Isla eran tan heterogéneas como ligeras, y especificó:

la ropa varía según las circunstancias, y como cada cual se pone lo que puede, se ven muchos completamente desnudos, mientras otros tienen por único vestido un trapo liado a la cintura que les cubre hasta medio muslo. El traje más singular que he encontrado ha sido el de un ne-

<sup>9</sup> Antonio PIRALA Y CRIADO, *Anales de la Guerra de Cuba*, t. II, Madrid, ed. Felipe González Rojas, 1895-1898, p. 472.

<sup>10</sup> Vid, Miguel VARONA GUERRERO, *La Guerra de Independencia de Cuba: 1895-1898*, t. II, La Habana, Ed. Lex, 1946, p. 774.

<sup>11</sup> No he de extrañar el poco uso de calcetines y medias en los mambises cubanos cuando estas prendas tampoco formaron parte del vestido reglamentario del soldado español. En 1879, el Dr. Ramón HERNÁNDEZ POGGIO aconsejó al Gobierno Colonialista: «El uso de esta prenda ó calcetines sería conveniente en el ejército de Cuba, porque además de contribuir al aseo del individuo, preservaría al pié del roce directo con el zapato evitando terribles consecuencias, como son las úlceras fagedénicas que tan frecuentemente se observan en este país, así como atenuaría la invasión de la nigua, que tanto daño causa al que la padece, pues hay ocasiones que las ulceraciones que ocasiona impide andar por mucho tiempo, pues se sabe la prodigiosa reproducción de este parásito»; Ramón HERNÁNDEZ POGGIO, «Remembranzas médicas de la guerra separatista de Cuba» [IV. Vestuario], en *La Gaceta de Sanidad Militar*, t. V, 1879, p. 452.

<sup>12</sup> EVA ADÁN RODRÍGUEZ, *Hojas de recuerdos*, Prólogo del Dr. GONZALO ARÓSTEGUI Y DEL CASTILLO, La Habana, Impr. Molina, 1935, p. 21.

gro que estaba de centinela sobre el camino de Bijagual el día en que yo me incorporé a aquel campamento. Completamente desnudo y descalzo, no tenía más prenda que el rifle, una canana, una espuela en el pié derecho y una levita de rayadillo<sup>13</sup> de un capitán nuestro, elegantemente cor-

<sup>13</sup> **Rayadillo:** nombre popular con que se conocía el uniforme del Ejército Español tanto en la Península como en Cuba; la denominación proviene de la mezcla de los tejidos de hilo y algodón, de color azul con rayas blancas. La blusa (guerrera) era con el cuello doblado y se hallaba cerrada por delante con una hilera de botones, cubriendo apenas el vientre; el pantalón del mismo género, de corte recto y holgado. Por R.O.C. de 10 septiembre 1896 (C.L. n.º 220, p. 342). «A propuesta del Capitán General de Cuba se suprimen las: *Carteras y botones* de la parte posterior de las guerreras de rayadillo que usan en aquel Ejército».

En Cuba, también vestían algunos cuerpos pantalones de dril color tierra, de tejido de hilo (rusia); *Vid.* Ramón HERNÁNDEZ POGGIO, *op. cit.*, t. V, 1879, p. 452.

Entre la blusa y la piel, la camisa, de crea, una tela de lino entrefina de gran consistencia con la trama y la urdimbre muy torcida, propia para sábanas y trajes de verano, como acentúa José M.<sup>a</sup> MOSSONS, en *Historia de la Sanidad Militar Española*, t. II, Barcelona, Ed. Pomares-Corredor, S.A., 1994, p. 169.

El calzado que se dio a las tropas fue el de becerro negro, de piel dura y la suela poco flexible, que al llevarse sin calcetines y medias producía el roce directo de la piel del pie con el zapato, provocando en el soldado, además de molestias y secreciones, ulceraciones por la mala adaptación de los mismos. Las alpargatas no cuentan en el uso reglamentario del uniforme del soldado, ni aún en la infantería donde se considera tan necesarias; sin embargo, su provecho entre éstos fue superior a los preceptos reglamentarios, y se veían soldados calzados con alpargatas.

El sombrero, primero fue el de jipijapa, y luego el de empleita, que no fue otro que el tejido de pita de palma, sin las condiciones favorables desde el punto de vista higiénico del primero. Este último sombrero fue del mismo material que el que preservaba del sol y de la lluvia al soldado mambí.

La R.O. de 30 abril 1876. (C.L. n.º 459) señalaba el uniforme que debía usar en Ultramar toda la Infantería: «*Sombrero jipijapa; Guerrera y chaleco* de rayadillo; *pantalón* de color tierra». *Vid.* René NORTH, *Uniformes Militares 1686-1918*, Barcelona, Ed. Bruguera, 1972; José María BUENO CARRERA, *Soldados de España. El uniforme militar español desde los Reyes Católicos hasta Juan Carlos I*, Madrid, Ed. Almena, 1998; Joaquín ANEL URBEZ, *Historia del Uniforme de Sanidad Militar*, La Coruña, Ed. Borsao, 1994.

En relación al lucido vestido de los cuerpos de voluntarios de la isla de Cuba —no confundir el término «voluntarios» con el también utilizado por los reclutas organizados en España para combatir en las guerras independentistas— Luís OTERO PIMENTEL, Primero de la Sección de Archivo de la Capitanía de Cuba, explicaba:

El vestuario y equipo de los cuerpos de Voluntarios no estuvo sujeto a cartilla de uniformidad, como desde el principio de la guerra le sucedió al Ejército, y puede decirse que todo él es uniforme de campaña, compuesto de blusa o chaqueta larga ajustada y pantalón azul rayado o de lienzo de color de tierra, con cuellos y bocamangas de colores diferentes, según los cuerpos, compañías, escuadrones y secciones en que prestaban servicios; sombrero de jipijapa con escarapela nacional, polainas o botas de montar, de cuero, según el arma a que pertenecen, y en el número o distintivo en el cuello o escarapela del cuerpo especial a que pertenecen.

Desde los inicios de la guerra de los Diez Años, el batallón Primero de Ligeros de la Habana, usaba pantalón encarnado y reidan el paño azul turquí, en lugar de pantalón y chaqueta de dril.

tada y abierta por delante. Los oficiales, no por sus recursos, sino por su mayor esmero en conservar la ropa, tienen, aunque muy roto, bastante aseado su traje, que suele ser un pantalón de lienzo, una camisa guajira [de campesino], un sombrero de yarey y unas *cutaras* de yagua; algunos, como el brigadier Maceu [Maceo] y su secretario Pedro Martínez, consiguen, no sé de qué modo, vestir con cierta elegancia<sup>14</sup>.

A finales de 1872, John Brooks Henderson, redactor del *Herald*, visitó el campo de la insurrección, y de su observación de un campamento mambí reprodujo el estado de la guerra, reeditado por el *Diario de la Marina*. Según indicó el periodista norteamericano, no era muy abundante la ropa que llevaban, y explica:

Poquísimos de los negros tenían más que pantalones y zapatos. Algunos tenían camisas. Muchos solo estaban provistos de taparrabos. Los soldados blancos tenían pantalones y zapatos, pero no llegaban a cinco los que podían vanagloriarse de poseer a la vez saco y camisa. Añadiré desde luego que, como el

---

Las fuerzas de Infantería y Caballería que han adoptado el nombre de Chapelgorris, llevaban la tradicional boina encarnada en vez del sombrero de jipijapa.

Completa el uniforme de todos los de Infantería, un cinturón —canana con bayoneta o sable— bayoneta, correspondiente al armamento que usaban, llevando los de Caballería banderola y cinturón con sable o machete largo que se usa en el país, y mochilas en los servicios que la requerían; LUÍS OTERO PIMENTEL, *Memoria sobre los voluntarios de la Isla de Cuba. Consideraciones relativas a su pasado, presente y su porvenir*, Habana, La Propaganda Literaria, 1876, p. 36.

Walter GOODMAN explica en su obra que en Santiago de Cuba el uniforme de los voluntarios consistía en «una camisa de rayas blancas y azules, pantalón de dril blanco y sombrero de Panamá con una cinta negra a la cual se fija una escarapela roja y gualda embellecida con un cordón de plata»; y que, la mayor parte de estos guerreros son almacenistas catalanes y empleados de las tiendas españolas que se alistan algunos por el placer de llevar uniforme y otros para evitar que lo arresten por sospechoso; Walter GOODMAN, *Un artista en Cuba*, La Habana, Ed. del Consejo Nacional de Cultura, 1965, pp. 243 y 244.

También, las guerrillas al servicio del Ejército Español utilizaron muchos de los métodos cotidianos de los insurrectos cubanos, y en algunos aspectos lograron asemejarse. De esta aproximación en determinadas costumbres propias de los mambises Grover FLINT anotó:

En su vestimenta, estas guerrillas se parecen a las cubanas, semejanza que se esfuerzan en aumentar por todos los medios. Al comienzo de la guerra adoptaron la señal distintiva de los mambises de echarse hacia atrás el sombrero, dejándolo colgar de un cordón, al alzarse a un ataque, y frecuentemente daban el grito cubano de «¡Alto! ¿quién va?» en lugar del reglamentario español «¡Alto! ¿quién vive?». Se puede descubrir, sin embargo, con anteojos de campaña, la condición de una fuerza de caballería que avanza observando si los sombreros y las carabinas son todas iguales. La uniformidad, hasta de media docena de cañones de rifles sobresaliendo de una espesura, en una circunstancia sospechosa; Grover FLINT, *Marchando con Gómez*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1983, p. 26.

<sup>14</sup> Antonio ROSAL Y VÁZQUEZ DE MONDRAGÓN, *op. cit.*, pp. 31-32.

calor era intenso, no se hacía sentir la carencia de aquellas ropas, y además, la larga práctica les ha enseñado a dispensarse el uso de lo que no podían obtener. La mayoría llevaba sombreros de paja; pero un rasgo muy notable en la caballería era que, si bien muchos de ellos carecían de pantalones, todos llevaban polainas cortas para proteger sus piernas cuando estaban a caballo. Para un forastero, el espectáculo no dejaba de inducir a cierto buen humor, pero un conocimiento más completo de la situación le hacía ver pronto que aquellos insurgentes para nada o para muy poco necesitaban algo a manera de trajes<sup>15</sup>.

En 1873, a la vista de una revista general de las tropas del general Calixto García, James J. O'Kelly, periodista del *New York Herald*, describió así a los insurrectos:

Algunos de los batallones presentaban un aspecto decente, mientras que los otros estaban en un estado harapiiento indescrutable. El ejército de mendigos de Falstaff hubiera representado una respetable apariencia comparado con el cubano, a los menos en lo que al vestido se refiere. Según lo que yo me figuraba, la fuerza estaba bien vestida y equipada, los oficiales españoles me habían hablado tanto de la miserable condición en que se encontraban los cubanos, que yo esperaba ver a los soldados y oficiales con uniformes parecidos a los de nuestros primitivos padres al dejar el Paraíso.

Esto no es verdad; todos los oficiales estaban bien vestidos y algunos con gusto. No había igualdad en los uniformes, pero todos estaban escrupulosamente limpios, contándose las dudosas excepciones entre los oficiales de color.

En las filas había más diversidad y muchos de los soldados no sólo llevaban andrajos, sino que estaban completamente desnudos. Un hombre corpulento de color moreno me conmovió profundamente, presentándoseme como la personificación del patriotismo heroico. Su traje consistía del ala de un sombrero de paja, a través del cual se divisaba la parte superior de su lanuda cabeza, y de algo parecido a una servilleta corta y rota por varios lugares atada alrededor de la cintura. Un rifle y una cartuchera completaban el equipo de este patriota. A los ojos acostumbrados a la limpieza y orden de las tropas regulares hubiera sido imposible contemplar una vista más ridícula que esa variada línea de hombres armados y con dificultad puede contener una sonrisa al recorrerla; aunque para la mirada la escena era grotesca, para la imaginación y la inteligencia era sublime. Descalzos, desnudos, en muchos casos sin abrigos, a menudo con un pedazo de género haciendo el servicio de un uniforme, estos hombres soportaban los trabajos y las fatigas de una lucha desigual, con una paciencia y valor que rara vez ha sido igualada y nunca superada<sup>16</sup>.

De un trabajo en el cual se relatan diversos sucesos de la Guerra Grande, sin título ni nombre de autor, y al parecer realizado por un miembro de las

<sup>15</sup> John BROOKS HENDERSON, *Diario de la Marina*, 16 de enero de 1873; *Vid.*, además, a Emilio A. SOULERE, *Historia de la Insurrección de Cuba*, t. I, Barcelona, Establecimiento Tipográfico Editorial de Jesús Pons, 1879, pp. 536-537.

<sup>16</sup> James J. O'KELLY, *La tierra del Mambí*, La Habana, Instituto del Libro, 1968, p. 213.

fuerzas de Las Villas, ayudante del coronel Piedra Martell del Batallón de Santa Clara, extraemos la siguiente anécdota, que aunque también es extensa preferimos citarla por lo que aporta en este tema de las privaciones del soldado. El protagonista cuenta que:

... el Coronel [Piedra] habló con un rancharo para pedirle un práctico, y después que se lo facilitó, le suplicó que le diera un pantalón y unos zapatos viejos para un ayudante que venía completamente desprovisto de ambos objetos tan necesarios.

El rancharo le presentó un pantalón. Si la cosa no hubiera sido tan seria, que la gente no estaba para chotear, las carcajadas hubieran sido general.

El pantalón no tenía más que un cuarto de pierna. Me lo puse inmediatamente no fuera el hombre a arrepentirse; por lo menos me tapaba lo que el pudor y la decencia ordena que se cubra.

Y ¿no tiene usted unos zapatos viejos? Le dijo el Coronel.

No tengo más que aquellos, contestó, señalando a unos que estaban colgados de un árbol.

Eran los jarretes de un toro, que el rancharo había colgado para que se secaran. Son unos borceguíes que el lector es probable que no haya visto nunca, y que antiguamente usaban los sitieros para arar, pues evita que la tierra se le introduzca en los pies, pero que antes de ponérselos le sacan la masa y grasa y lo secan perfectamente dentro de un molde. Era peludo y negro como el azabache.

Me los puse inmediatamente y emprendí la marcha contento y satisfecho de encontrarme vestido y calzado a la *dernière* [a la última]. Para estar completo no me faltaba más que un sombrero. Era posible encontrar un pantalón sin piernas y unos zapatos de cuero crudo, ¡pero un sombrero...!

Noté durante la marcha un zumbido como el de una colmena, zumbido que se iba aumentando paulatinamente.

Se detuvo la columna a la orilla de un arroyo para descansar y almorzar, y la gente se dispersó en toda dirección para coger jutias, y a la media hora había en el campamento más de 300 roedores, que podríamos calificarlos de ratas gigantes.

En esto, entonces pude darme cuenta de que cerca estaba el zumbido de que hago mención.

Era una nube de moscas verdes y tornasoladas que venían por miles, atraídas, engolosinadas con mis botines.

Tuve que cortar una rama para librarme de su invasión.

Mas adelante, en otro arroyuelo pasamos la noche sobre el duro suelo, apoyada la cabeza sobre un pedazo de palo. Por la mañana cogí mis botines para ponérmelos. Cada pelo era un montón de gérmenes. Los gérmenes de un millón de moscas. El procedimiento más sencillo era quemarlos pasando los botines por una llama y así lo hice<sup>17</sup>.

<sup>17</sup> Archivo Nacional de Cuba, La Habana, (ANC), fdo. *Academia de la Historia*, leg. 69, n.º 102, pp. 63-64. Hojas numeradas del 1 al 271 de un trabajo en el cual se relatan diversos sucesos de la Guerra de los Diez Años, sin título y sin autor.

En la Academia de Jimaguayú, fruto del ingenio y la dedicación del mayor Ignacio Agramonte Loynaz, en la Guerra de los Diez Años, quizá se apreció con más fuerza el déficit de estos bienes personales.

José Martí resumió como

entraban los oficiales, casi todos desnudos, uno con un sombrero de taparrabos, otro con dos cueros de jútfa curtidos, un cuero al Norte y el otro por la espalda. O descalzos, o con zapatos de cuero de vaca. El sombrero de yarey, cada uno se lo había hecho con sus manos, o era de yuraguana, que es más suave, o era una gorra de catauro; el cinto para el machete era de majagua, o de cuero de vaca. Dichoso era el que tenía revólver, cuchillo y machete<sup>18</sup>.

De este modo, y como advierten las fuentes, muy pronto se hizo notar la falta de ropa y calzado entre los soldados de la fuerza cubana, lo que influyó para que se generalizara la imagen del mambí sin ropa y se hablase de partidas de hombres desnudos, en vez de aludirse a fuerzas que estaban por lo general mal vestidas. Si bien, la carencia fue alarmante a pocos días del alzamiento y en las comunicaciones tanto de cubanos como de españoles, esta situación se puso de manifiesto.

En las correspondencias oficiales y particulares de los insurrectos y en los partes militares y telegramas de las columnas españolas, se encuentran referencias más explícitas al estado de desnudez del «Ejército Libertador de Cuba». La información es amplia y la consideramos de máximo interés no sólo para el estudio de la vida cotidiana del bando cubano sino también del Ejército Español en operaciones y hasta de la población rural, especialmente en la Guerra de los Diez Años. A través de estas fuentes hemos podido conocer el estado de la insurrección en los diferentes centros de operaciones y también medir la intensidad con que se presentan los abastecimientos mambises en cada una de estas regiones, en comparación a los datos que ofrecen otras fuentes documentales y bibliográficas.

Al general Julio Grave de Peralta, desde octubre de 1868 a diciembre de 1870, le llegaron muchas solicitudes pidiéndole ropa y zapatos para soldados necesitados<sup>19</sup>; de las que se conservan, las más insistentes se envían desde la Capitanía del cuartel de Juan Sánchez y Deseada, donde los combatientes se enfrentaron a las fuerzas españolas completamente desnudos<sup>20</sup>. También, de la Compañía n.º 4, en San Pedro, a 22 de diciembre de 1868, el capitán Rafael

<sup>18</sup> José MARTÍ PÉREZ, *Obras completas*, t. IV, La Habana, Ed. Nacional de Cuba, 1975, p. 461.

<sup>19</sup> Archivo Histórico Nacional, Madrid (AHN), sec. *Ultramar*, fdo. *Cuba*, ser. *Insurrección*, leg. 4439, n.º 30, doc. 26.

<sup>20</sup> *Ibidem*, 5839, n.º 45, doc. 3.

Pérez Fonseca comunicó al Secretario de Hacienda el estado de completa desnudez en que se encontraba la fuerza a su mando, y solicitó se le enviara, como mínimo, veinte mudas de ropa para cubrir las necesidades más extremas<sup>21</sup>. Del 5 de enero de 1869 es el correo que envía Nicolás de la Rosa, jefe del cuerpo de telégrafos con estancia en Bayamo, al gobernador militar de esa plaza, donde solicitaba le abastecieran de ropa para poder seguir ejerciendo tan importante trabajo de telegrafía. De este escrito es el siguiente fragmento:

Llegó el caso de sernos imposible salir a la calle por el estado de putrefacción en que se encuentra la ropa que tenemos puesta y si no se facilitan hoy mismo los efectos pedidos hace tiempo, tendrán que darnos para que sigamos prestándoles la comida en esta oficina, o no la prestamos. Pues de no ser así, nos moriremos de hambre porque estamos resueltos a servir hasta perder nuestra vista como telegrafistas y nuestra última gota de sangre como soldados del Ejército Libertador, pero también estamos dispuestos a lo dicho anteriormente, pues clama ante Dios que habiendo los géneros que pedimos no se dignen facilitarlos<sup>22</sup>.

Grave de Peralta, en los *Documentos de la Guerra de Cuba*, recoge otro de los momentos en el que se solicita a las prefecturas y subprefecturas el aporte de la población campesina para vestir a los soldados que se encontraban en pésimo estado de desnudez. El llamamiento del oficial mambí tiene fecha 15 de noviembre de 1869 e iba dirigido a los Prefectos de San Andrés y Yareral, donde se dice:

contando con el pronunciado Patriotismo de usted, acá como en el vecindario de todo su territorio, me atrevo á Suplicarle mas que a ordenar, me haga una recolección de ropa hecha con aquellos CC. que tengan facilidad de ceder un pantalón y camisa hasta llegar el número de 30 mudas, con el objetivo de vestir esa escolta que casi se halla en total desnudez. He contado con su actividad y esmero en obsequio de Causa, p<sup>a</sup>. el buen resultado de mi suplica cosa que le vivirá agradecido el que suscribe D. P. L.<sup>23</sup>

Por la correspondencia entre los miembros del «Ejército Libertador de Cuba» sabemos sólo de uno, entre otros supuestos mambises, que se presentó al llamado de la revolución completamente desnudo. Manuel de P. Peña se inició en la insurrección, el 19 de octubre de 1868, en cueros, sin vestido alguno. La primera ropa que llegó a tener fue una falda de yute que le pasó un

<sup>21</sup> *Ibidem*, leg. 5837, n.º 52, doc. 19.

<sup>22</sup> *Ibidem*, leg. 4439, n.º 30, doc. 28.

<sup>23</sup> Julio GRAVE DE PERALTA, *Documentos de la Guerra de Cuba*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1988, p. 170.



compañero, que a su vez la adquirió de otro soldado. La segunda, un pantalón de rayadillo que le quitó a un soldado español muerto<sup>24</sup>, y no fue hasta el 11 de febrero de 1869, después de cursar varias solicitudes al ciudadano Juan Rubio, secretario de hacienda en San Pedro, cuando obtuvo una chamarreta y un pantalón, ropa con que terminó la guerra<sup>25</sup>.

En una comunicación de fecha 1 de abril de 1869, el capitán mambí Roberto Basalla expresaba al responsable del Cuartel de la Casa Boldon, en el territorio de Cuba libre:

Tengo el honor de poner en conocimiento de V. cuanto se necesita para los individuos de mi fuerza que están más escasos de zapatos y ropa para su uso, y cuyos individuos son los más necesitados...

Además, creo de suma necesidad el que se le proporcione a la Compañía frazadas para dormir o en defecto chaquetones para que pasen el frío.

También tengo algunos que están escasos de ropa. Si V. tiene a bien puede disponer que se me entreguen sesenta y cinco mudas aunque sea sin hacer, pues por acá hay costureras<sup>26</sup>.

En los Partes del Ejército Español en operaciones se describen partidas insurrectas con estas características. En el ingenio La Ceiba una partida insurrecta en completa desnudez desvistió a los negros de esa dotación, y para contentarles les dieron un serón de azúcar<sup>27</sup>; los negros insurrectos al pasar por el ingenio Baga dejaron a la población del batey sin ropas<sup>28</sup>; y existieron mambises en igual situación que se vistieron con el uniforme de los prisioneros españoles, algunos poniéndoselos al revés<sup>29</sup>.

Entre otros casos, el que explica un oficio que envió el comandante de Morón al comandante general de la columna de operaciones de Sancti Spiritus, de fecha 2 de abril de 1869, donde se recoge el estado de la insurrección en esa jurisdicción. En uno de los párrafos del oficio, el comandante de Morón informó: «se me ha dicho que en dirección a Nazareno y punto bajo de la costa, hay alguna partida que esperaba intentar algo sobre el convoy; lo que puede tener algún viso de verdad porque están hambrientos y desarmados, hasta el extremo de llevar una sábana abierta por el centro por donde meten la cabeza, según refiere un pardo que se ha fugado de ellos y se presenta enfermo»<sup>30</sup>.

<sup>24</sup> SHM, sec. *Ponencia de Ultramar*, fdo. Cuba 23, ser. *Insurrección*, leg. 1, arm. 3, tab. 1.ª, micr. n.º 6, doc. [s/n].

<sup>25</sup> AHN, sec. *Ultramar*, fdo. Cuba, ser. *Insurrección*, leg. 5838, n.º 46, doc. 48.

<sup>26</sup> *Ibidem*, leg. 5839, n.º 20, doc. 2.

<sup>27</sup> SHM, sec. *Ponencia de Ultramar*, fdo. Cuba 23, ser. *Insurrección*, leg. 1, arm. 3, tab. 1.ª, micr. n.º 6, doc. [s/n].

<sup>28</sup> *Ibidem*, fdo. Cuba 28, leg. 7, arm. 3, tab. 2.ª, micr. n.º 6, doc. [s/n].

<sup>29</sup> *Ibidem*, fdo. Cuba 30, leg. 9, arm. 3, tab. 3.ª, micr. n.º 6, doc. [s/n].

<sup>30</sup> *Ibidem*, fdo. Cuba 80, leg. 9, arm. 6, tab. 3.ª, micr. n.º 21, doc. [s/n].

Por falta de vestuario en 1870, se veían los soldados del general Donato Mármol Tamayo en la División Cuba envueltos en frazadas<sup>31</sup>, y a las fuerzas de Bernabé Varona Borrero en Sancti Spiritus en completo estado de desnudez y miseria<sup>32</sup>. Al iniciar el año, la contraguerrilla Flanqueadores de Valmaseda en el parte de operaciones efectuado en fincas del partido de El Cobre a 16 de enero de 1870 y que remiten al comandante del Departamento Oriental, describen a una partida de insurrectos «de dos o tres blancos y morenos, uno con un trabuco y los demás con supuestas carabinas de Remington, dos montados y ocho a pié, muy mal vestidos, al extremo que algunos iban enteramente descubiertos»<sup>33</sup>. De los partes del destacamento de Canasta, extraemos el que se fecha el 27 de abril de 1870, donde se da cuenta de haber batido una columna insurrecta en casi completa desnudez y descalzos, y se especifica que la partida de «Chino Cogote» andaba medio desnuda y sin zapatos, cubriéndose únicamente con fibras de yaguas<sup>34</sup>. En un telegrama fechado el 1 de octubre de 1870, que dirige el Comandante de Cinco Villas al Capitán General de la Isla, se da a conocer el trayecto recorrido por la fuerza de Carlos Roloff por la jurisdicción de Santa Clara, y se apunta «que en su gran mayoría se componen de partidas de chinos y negros que van en el más deplorable estado y con el mayor desaliento»<sup>35</sup>.

Como explicamos en otro trabajo<sup>36</sup>, la fuerza mandada por el general Calixto García Íñiguez fue de las más sufridas en cuanto a carencia de recursos. En la Guerra de los Diez Años, en la zona de Cauto y Contramaestre, donde operó, no sólo se carecía de cultivo para la alimentación del soldado sino también de medios para vestirse. Antonio Pirala extrajo de la memoria de un insurrecto las siguientes características del vestuario de la fuerza de Calixto García en el campamento de Bejuco: «Poseer una camisa remendada era lujo, los pantalones sólo merecían el nombre de taparrabos; unas malas chancletas de piel de cordobán constituían el calzado del jefe, todos los demás el pie desnudo, favorecido en la planta por una capa correa, producto de las marchas: no faltaba quien dejaba de lucir las «cutaras» de majagua, especie de imitación de sandalia»<sup>37</sup>.

En la *Memoria* que presentó José Gutiérrez de la Concha Irigoyen, marqués de La Habana, y Capitán General de la Isla por tercera vez entre el 6-IV-

<sup>31</sup> *Ibidem*, fdo. Cuba 29, leg. 8, arm. 3, tab. 1.<sup>a</sup>, micr. n.º 6, doc. [s/n].

<sup>32</sup> *Ibidem*, fdo. Cuba 30, leg. 9, arm. 3, tab. 3.<sup>a</sup>, micr. n.º 6, doc. [s/n].

<sup>33</sup> *Ibidem*, fdo. Cuba 57, leg. 2, arm. 2, tab. 1.<sup>a</sup>, micr. n.º 14, doc. [s/n].

<sup>34</sup> *Ibidem*, fdo. Cuba 28, leg. 7, arm. 3, tab. 2.<sup>a</sup>, micr. n.º 6, doc. [s/n].

<sup>35</sup> *Ibidem*, fdo. Cuba 66, leg. 11, arm. 5, tab. 3.<sup>a</sup>, micr. n.º 17, doc. [s/n].

<sup>36</sup> Vid. Ismael SARMIENTO RAMÍREZ, «Cultura material en el Ejército Libertador de Cuba, (1868-1898)», en *Del Caribe*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, n.º 35, 2001, pp. 95-109.

<sup>37</sup> Antonio PIRALA Y CRIADO, *op. cit.*, t. II, p. 269.

1874 a 1-III-1875, no escapó este estado de escasez imperante en la fuerza del General García, y al hacer Concha un recuento de los seis años transcurridos de insurrección, expuso:

La activa y eficaz persecución que las bandas insurrectas habían sufrido a fines de 71 y primeros meses del 72, en los que se destinaron once batallones a hostigar las fuerzas del insurrecto Calixto García sin conseguir, empero, destruirlas, habían causado grandes bajas de enfermos en las tropas, cuyo vestuario estaba además completamente destrozado, y la situación interior de los cuerpos que habían hecho aquella campaña debió resentirse del estado consiguiente a su continua movilidad<sup>38</sup>.

La carencia de vestuario también afectó a los representantes del Gobierno, a los que la escasez de recursos hizo mover constantemente de un sitio a otro. Carlos Manuel de Céspedes que dijo no haber andado ni roto ni sucio durante su mandato, uno de los motivos, según él, de su destitución como Presidente<sup>39</sup>, terminó sus días en San Lorenzo carente de ropa y de zapatos. En una de las cartas a su esposa Ana de Quesada, le dijo: «Vivo en una choza a la intemperie. Como lo que me dan [...] Ando vestido y calzado de una manera grotesca, pero honesta. No tengo necesidades. Hasta ahora me defiende la lealtad de los que me rodean; el día que me falte, no sabré morir peor que los Ayestarán»<sup>40</sup>.

Observaciones sobre el mal vestir del Padre de la Patria se reiteran en los testimonios de algunos líderes revolucionarios. Por ejemplo, el general Máximo Gómez comentó en varias ocasiones el pésimo estado en que encontró al Presidente y al Gobierno en su residencia, y en abril de 1872 consignó en su *Diario de Campaña*: «el 26 sé que el Gobierno se encuentra en «Canapú» y sigo mi marcha para allí, hago noche en «Naranja», allí sé que el enemigo en número muy considerable, y en combinación, persigue al Gobierno. 27, continuó, llego a Canapú a las doce del día y encuentro al Gobierno en una fatal situación; muerto de hambre y de miedo, me hice cargo de él y marchamos con dirección al Distrito Cuba»<sup>41</sup>. Imagen que el General Gómez volvió a reme-

<sup>38</sup> José GUTIÉRREZ DE LA CONCHA (Marqués de la Habana), *Memoria sobre la guerra de la isla de Cuba y sobre su estado político y económico desde abril de 1874 hasta marzo de 1875*, Madrid, Establecimiento tipográfico de R. Labajos, 1875, p. 20.

<sup>39</sup> Al modo de ver de Céspedes, el que anduviera bien vestido y limpio fue una de las acusaciones que se lanzaron sobre él para su destitución como Presidente de la República en Armas, alegándose que otros de los representantes del Gobierno se mostraban en la total indigencia; Eusebio Leal Spengler, *Carlos Manuel de Céspedes. El Diario perdido*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1992, p. 161.

<sup>40</sup> Carlos MANUEL DE CÉSPEDES, *Cartas de Carlos Manuel de Céspedes a su esposa Ana de Quesada*, La Habana, Instituto de Historia, 1964, p. 255.

<sup>41</sup> Máximo GÓMEZ BÁEZ, *Diario de Campaña (1868-1898)*, Estudio preliminar de Carmen ALMODÓVAR, Oviedo, Servicios de Publicaciones, Universidad de Oviedo, 1998, p. 30.

morar en los días iniciales de la última Guerra de Independencia, y recuerdos de Gómez que José Martí no dejó de consignar en su *Diario de Playitas a Dos Ríos*, al escribir el 22 de abril de 1895: «Hablamos hoy de Céspedes y cuenta Gómez la casa de portal en que lo halló en las Tunas, cuando fue, en mala ropa, con quince rifleros a decirle cómo subía, peligrosa, la guerra desde Oriente. Ayudantes pulcros, con polainas. (Céspedes: kepis, y tenacillas de cigarro. La guerra abandonaba a los jefes, que pedían en vano dirección, contrastaba con la festividad del cortejo tunero. A poco, el Gobierno tuvo que acogerse a Oriente»<sup>42</sup>.

El viernes 8 de agosto de 1873, escribió Céspedes en su *Diario*: «Cambié mis pantalones de casimir, q. me acompañaban desde antes de la revolución, p<sup>f</sup>. otros nuevos de igual jénero, aunque ordinario», y ya con el presentimiento de la muerte continúa explicando: «de esas memorias no me queda mas q. una toalla de holanda bordada. Así todo va abandonándonos en este mundo hasta q. nosotros mismos lo abandonamos todo»<sup>43</sup>. En los últimos siete meses de su vida, Carlos Manuel de Céspedes compartió cuanto tuvo con los soldados y las familias pobres que lo visitaron en su residencia. Manifestó que en San Lorenzo regaló aguja, hilo y botones a todas las mujeres que iban a verle<sup>44</sup>; obsequió a una niña enferma y huérfana un corte de vestido<sup>45</sup> y a un niño otra tela y un jabón<sup>46</sup>. Dijo: «Regalé á Y. [Ignacio] Mora un pañuelo q. me pidió, y á M. Pacheco una muda de ropa»<sup>47</sup>. Del martes 10 de febrero de 1874, diecisiete días antes de ser muerto Céspedes por los españoles, es la siguiente nota en la que explica el estado de su calzado: «He hecho poner á las pantuflas q. me hicieron en Barajagua, unas sobre suelas de majagua p<sup>a</sup>. caminar p<sup>f</sup>. las lomas y encima de las piedras, como se acostumbra en estas montañas y habiéndolas probado, creo q. me surtirán buen efecto»<sup>48</sup>. Hasta que muere llevó en el puño de la camisa unos botones que le acompañaron desde principio de 1870; y él mismo en su *Diario* reveló: «Me los dió M. Acosta y pertenecieron á un español prisionero q. fué fusilado en los Dolores de Cubitas»<sup>49</sup>.

Después de su deposición, Carlos Manuel de Céspedes dedicó varias páginas de su *Diario* a comentar la situación de la Cámara, y al referirse a la vestimenta del auditor lo hizo en estos términos: «El único auditor q. tiene hoy la

<sup>42</sup> José MARTÍ, *Diario de Campaña*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1985, pp. 9-10.

<sup>43</sup> Eusebio LEAL SPENGLER, *op. cit.*, pp. 77-78.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 168.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 117.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 232 y 234.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 156.

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 280.

<sup>49</sup> *Ibidem*, p. 281.

Cámara, lo compone el Corl. Ramírez q. ocupa la galería luego q. empieza la sesión, en calzoncillos y con la falda de la camisa defuera»<sup>50</sup>; y por supuesto, de Salvador Cisneros Betancourt, ex-marqués de Santa Lucía, también ofreció su criterio y nos dejó anotada una de las descripciones físicas de su sucesor en la Presidencia de la República en Armas, cuando escribió: «El Marqués viene en un caballo mal perjeñado y montado como un azotado. Anda en mangas de camisa con un pañuelo al cuello y un sombrero muy sucio; no trae medias ni espuelas»<sup>51</sup>.

Asimismo, Antonio del Rosal y Vázquez de Mondragón, en los meses que pasa prisionero de los rebeldes cubanos, llegó a presenciar la llegada de la Cámara y el Gobierno al campamento de La Yaya el 19 de octubre de 1873. En sus *Memorias...* describió la vestimenta del presidente Salvador Cisneros Betancourt y de sus acompañantes, suceso del que manifestó:

Yo esperaba ver algo notable, y no me equivoqué. Notabilísimo fue lo que vi cuando a eso de las tres de la tarde, hizo la Cámara su entrada triunfal en el campamento.

Veinte o treinta negros, desarmados, desnudos, descalzos, con sombreros de yarey, venían los primeros, llevando cada uno a su espalda un gran jolongo, que había sido blanco, pero que ahora se confundía en color con el cuerpo que lo sustentaba. A esta lucida comitiva, seguía el presidente de la Cámara, que lo era Salvador Cisneros, ex-marqués de Santa Lucía, hombre alto, flaco y velludo, muy parecido al hidalgo manchego: oprimía los nada robustos lomos de un caballo de edad madura, cojo y con una oreja cortada. El traje de este padre de los padres de la maniguera patria, era seductor, pantalón corto, tan corto, que apenas le cubría medio muslo; se conocía que en sus buenos tiempos había sido largo solo que a consecuencia de sus dilatados servicios, había ido perdiendo, pedazo tras pedazo, todo lo que faltaba a sus perniles, para dejar a la vista de los amantes de lo bello las piernas de nuestro personaje que si no eran bellas, eran, sí, velludas y muy velludas. Un tosco gabán de pelo largo cubría su cuerpo, velludo también; pero no lo cubría completamente, pues ciertas roturas que lo adornaban, permitían admirar las formas de su dueño: la mayor parte de estas roturas prestaban interinamente el servicio de bolsillos, y las ocupaban, un pedazo de periódico, un cigarro, medio plátano, un trozo de boniato y otras riquezas. Sombrero de yarey, cutaras de yagua, y una espuela, completaban el traje del marqués, cuyo caballo, galanamente enjaezado con media manta, refrenaba con una cuerda de majagua.

Tras el presidente iban los demás diputados, en número de nueve, unos a pié y otros a caballo, medio desnudos los más, mejor vestidos algunos, y todos desastrados<sup>52</sup>.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 212.

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 148.

<sup>52</sup> Antonio ROSAL Y VÁZQUEZ DE MONDRAGÓN, *op. cit.*, pp. 141-142.

A los Gobernadores Locales y Administradores de Talleres designados por la Revolución llegaron abundantes solicitudes de ropa y zapatos de los miembros del Ejército Libertador de Cuba que no estaban siempre relacionadas con los soldados. Los trabajadores civiles de las Prefecturas, los familiares de los combatientes y las familias campesinas que vivían en los alrededores de los campamentos permanentes presentaban solicitudes similares, por las limitaciones que tenían para adquirir estos artículos.

El jefe del Taller de Zapatería de Báguanos, José R. Villareal, dirigió una petición al Administrador de Talleres en la que relacionó a dos empleados de la tenería y a cuatro del Taller de Zapatería que se hallaban enteramente desnudos. Solicitud que el Jefe de Taller fundamentó diciendo: «como estos pertenecen a nuestras instituciones, a tiempo q. hoy no tienen otra retribución ha de merecer se sirva V. disponer se les facilite una muda de ropa de la que se halla en los talleres»<sup>53</sup>.

El general Julio Grave de Peralta remitió a Néstor Várela, Intendente de Estado del Distrito de Holguín en Majibacoa, la siguiente instancia:

Ejército Libertador de Oriente  
División de Holguín.

He tenido noticias que por orden de V. se ha decomisado una cantidad de ropa bastante regular en San Agustín, y como la mayor parte de la fuerza que tengo a mis órdenes, está casi en completo estado de desnudes, espero me facilite, si no puede ser más, hasta sesenta mudas de aquellas, para atender a los más necesitados; aun cuando no sea grande, ni genero apropiado para este fin la ropa ya citada, porque en el estado que estos se encuentran cualquier genero es útil.

Dios Patria y Libertad  
San Lorenzo, Diciembre 30 de 1869  
El Gral. Julio G. de Peralta  
Al C. Néstor Várela, Intendente de Estado y Hacienda del Distrito de Holguín, Majibacoa<sup>54</sup>.

En similar solicitud, el pacífico Antonio Sánchez explicó al Intendente del Ejército de Cuba, que tanto él como su familia se encontraban enteramente desnudos, «hasta el extremo que las mujeres enseñan sus carnes». El interesado aspiraba a que se le facilitase, «de los géneros confiscado a los traidores:

<sup>53</sup> AHN, sec. *Ultramar*, fdo. *Cuba*, ser. *Insurrección*, leg., 5839, n.º 27, doc. 34. Comunicación enviada por José R. VILLAREAL, Jefe del Talleres de Zapatería de Báguanos, a la Administración de Talleres, fechada a 19 de abril de 1869 en Báguanos.

<sup>54</sup> *Ibidem*, leg. 5838, n.º 6, doc. 86.

tres piezas prusianas, dos piezas de dril, una de listado y cuatro pañuelos», que abonaba en efectivo si así se disponía<sup>55</sup>. En la comunicación de otro ciudadano que firma I. Pérez se suplica al general Félix Figueredo le proporcione algún abrigo, «como un par de pantalones de casimir, una camisa de lana, una franela y un par de medias de lana»<sup>56</sup>.

Otro detalle relacionado con el estado de desnudez del «Ejército Libertador de Cuba» a finales de la Guerra de los Diez Años, y que no podemos pasar por alto por verse en él la posición intransigente de los mandos militares insurrectos, fue la intención de soborno utilizada por el general Arsenio Martínez Campos en la larga entrevista que sostuvo con el general Máximo Gómez en Vista Hermosa (Camagüey), el 27 de febrero de 1878, días después de haberse firmado el Pacto o Convenio del Zanjón. El general Gómez que acudió a la entrevista «envuelto en un viejo y descolorido traje mambí»<sup>57</sup>, junto a sus ayudantes<sup>58</sup> con las ropas igualmente raídas, contó que el general Martínez Campos se avergonzó —vestido con su levita de campaña, que ciñe el fajín de Teniente General y decora el toisón de oro— al verlo a él ornado de sus harapos; y, otro general español, Manuel Cassola, se conmovió por su noble decoro ante las mal disimuladas ofertas del vencedor español. Martínez Campos hizo ofertas de dinero y destinos de importancia en la Isla al general insurrecto, y le dijo: «Pida, pida por esa boca, porque, excepto la mitra del Arzobispo todo se lo puedo dar»; pero Gómez rechazó tal ofrecimiento<sup>59</sup>. El Teniente General español observó lo deteriorado de su vestimenta y le dijo amistosamente: «No es posible que vaya usted a su país con esa ropa miserable», a lo que Gómez contestó rehusando:

General, no cambio yo por dinero estos andrajos que constituyen mi riqueza y son mi orgullo; soy un caído, pero sé respetar el puesto que ocupé en esta Revolución, y le explicaré. No puedo aceptar su ofrecimiento, porque sólo se recibe, sin deshonor, dinero de los parientes o de los amigos íntimos, y entre nosotros, General, que yo sepa, no hay parentesco alguno, y, por la otra parte, es ésta la primera vez que tengo el honor de hablarle<sup>60</sup>.

<sup>55</sup> *Ibidem*, leg. 5839, n.º 17, doc. 20. Del ciudadano Antonio Sánchez al Intendente del Ejército Cubano, 24 de enero de 1869.

<sup>56</sup> *Ibidem*, leg. 5838, n.º 46, doc. 114. Del ciudadano I. Pérez al general Félix Figueredo, Guáimaro, 15 de noviembre de 1869.

<sup>57</sup> Benigno SOUZA, *Máximo Gómez el generalísimo*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1986, p. 91.

<sup>58</sup> Acompañaban a Gómez Rafael Rodríguez, Salvador Rosado, Enrique Collazo, Enrique Canals, Bonilla y Prado, hijo del presidente del Perú.

<sup>59</sup> Máximo GÓMEZ BÁEZ, *El viejo Eduá; o mi último asistente*, Key West, Impr. El Yara, 1892, p. 32.

<sup>60</sup> *Diario de Campaña* de Máximo GÓMEZ BÁEZ, cit. por Benigno SOUZA, *op. cit.* p. 90; *vid.* Máximo GÓMEZ «Notas Autobiográficas», en *Revoluciones... Cuba y hogar*, [Editado por Bernardo Gómez Toro], Habana, Impr. Rambla y Bouza, 1927, p. 134.



Benigno Souza también narró esta célebre entrevista entre Arsenio Martínez Campos y Máximo Gómez valiéndose de las observaciones de otro testigo, Enrique Collazo, el cual dijo que el encuentro concluyó del modo siguiente:

Dentro de la polaina tenía el general Gómez un pañuelo, si pañuelo se puede llamar aquel girón; lo usó un momento y Martínez Campos se lo arrancó casi de la mano, diciéndole:

—Ya que no quiere usted aceptar nada de nosotros, déjeme, esto, de lo poco que tiene, para conservarlo de recuerdo.

El general Gómez le dijo:

—Con gusto se lo doy, y, no obstante ser tan poco, es mucho, por que no tengo otro<sup>61</sup>.

El estado deprimente que presentaban los mambises igual fue captado por *Los poetas de la guerra*. Afirmó José Martí, en el prólogo de esta obra, y refiriéndose a Fernando Figueredo, poeta que reconstruyó en versos momentos de la Guerra de los Diez Años, que no hay

quien le gane a contar con intención y cariño, ni quien saque más risas cuando narra el ataque al poblado de Yara, en que para conocerse en la oscuridad los cubanos entraron desnudos de cintura arriba, y tener camisa era cosa infeliz; pero no fue tan bien como pudo en aquella ocasión a los cubanos, por lo que los españoles los burlaban en unas estrofas bizcas, cantadas a coro en la retreta, y a las que Fernando contestó con dichosa parodia, que los voluntarios mismos de Yara cantaban después:

Sin camisas, triunfantes, entraron,  
ante el mundo mostrando, orgullosos,  
que aunque pobres son libres, dichosos,  
siervos no de un tirano opresor»<sup>62</sup>.

De esta manera Fernando Figueredo, en la poesía *El Combate de Báguanos*, volvió a hacer alusión a la dramática situación del Ejército Libertador de Cuba:

Con el alma destrozada,  
lejos de ti, madre mía,  
por esta difícil vía  
voy siguiendo mi jornada:  
con la ropa desgarrada  
y los pies ensangrentados,

<sup>61</sup> Benigno SOUZA, *op. cit.*, p. 91.

<sup>62</sup> Serafín SÁNCHEZ VALDIVIA, *op. cit.*, p. 115.

marcho con otros soldados  
 en la Santa independencia  
 castigando la insolencia  
 de tiranos y malvados<sup>63</sup>.

El romance del capitán Antonio Hurtado del Valle, *Al combate de Atollao-sa*, que en realidad relata cómo fue el reñido encuentro, también contiene versos que describen el tétrico estado del soldado cubano:

los bravos de Tarragona,  
 que en árboles corpulentos  
 hallan trincheras famosas:  
 ¡no así los nuestros, que van  
 sobre la tropa española  
 con el pecho descubierto  
 en busca de la victoria!<sup>64</sup>

En la Guerra de 1895 se mantuvo la insuficiencia de vestuario y calzado en el seno del «Ejército Libertador de Cuba», y la miseria, con tanta o más escenificación que en la Guerra de los Diez Años, siguió caracterizando al mal estado de las fuerzas cubanas. Los tres años y medio de continuos movimientos bélicos se caracterizaron más que por los combates provocados por uno u otro ejército, por el hambre, las enfermedades y la desnudez que les acompañaba. Un cuadro del que no escapó la generalidad de la población cubana, y en el Ejército Español en operaciones es la causa del mayor número de víctimas.

Con el mal estado general en que se encontraba la Isla no era posible se distinguiera —al no ser por los accesorios e insignias revolucionarias— las desigualdades entre el vestuario del mambí y el usado por el resto de la población campesina cubana durante este período. En los campos no existían diferencias notorias entre el soldado cubano y los campesinos, pues ambos presentaban estado de indigencia.

Por el contenido de una carta que remite un insurrecto desde la provincia de La Habana a su padre en Tampa, que encontramos incompleta en el Servicio Histórico Militar de Madrid, sabemos de la situación de la población en ese territorio, y de cómo, todavía en el año 1897, la vestimenta del «Ejército Libertador de Cuba» seguía sin diferenciarse de la del campesinado. En uno de los párrafos, el revolucionario escribió: «Hemos tenido algunos extraños visitantes desde que estamos aquí, vagamundos y hombres enfermos, sin vestido ni camisa, algunos con solo pedazos de estos, y todos parecían más bien animales que hombres»; y antes de terminar con el amplio escrito, explicó: «Espero no se hará V. idea de un ofi-

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 175.

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 140.

cial cubano por lo que haya visto del inglés. Un Comandante está generalmente poco mejor vestido que un jornalero y aún el General se distingue sólo de los soldados por su sable generalmente despojado a los españoles, pero por supuesto nada mejor puede esperar en las circunstancias presentes...»<sup>65</sup>.

En esta última guerra, a diferencia de la anterior, la vestimenta que predominó fue la del elemental taparrabo, envoltorio formado con los restos de lo que fueron pantalones y camisas, o un trozo de cualquier tipo de tela, que bien podía ser de sábana, frazada o de saco de yute. Sin embargo, en este período eran menos los jefes del «Ejército Libertador de Cuba» que las fuentes describen en entera desnudez.

Algo que se logró en esta etapa fue que mejorara la imagen de los líderes mambises, pese a que seguía sin existir una uniformidad en el vestuario. Poco se dijo del mal aspecto de los mandos del «Ejército Libertador de Cuba» en la Guerra de 1895. Generalmente, los oficiales estaban mejor vestidos y calzados que en la pasada Guerra de los Diez Años, o al menos, es lo que se refleja en los diarios de campaña, relatos, memorias y otros testimonios del período.

Las explicaciones de Miguel Varona Guerrero, ayudante militar del general Máximo Gómez, además de situarnos directamente en las interioridades de las fuerzas cubanas, sus riesgos y adversidades, nos ofrecen el estado de la vestimenta de los miembros del Ejército Libertador de Cuba en los años de la Guerra de Independencia. En su obra, el testigo afirma:

La ropa puesta, sin posible repuesto y en uso constante, se deterioraba y acababa, no obstante el máximo cuidado de sus dueños, mayor quizás que el de la propia piel de sus disfrutantes, seguros como estaban que ésta secaba de la lluvia y sanaba sus rasgaduras, en tanto que secar la ropa mojada o remendar sus roturas, ofrecía máximas dificultades, a veces insuperables por carencia de agujas, hilo y otros elementos apropiados.

Así que, cuando eran propicias las circunstancias, veíase desnudar a los soldados para lavar sus propias ropas y resguardarse también de que la lluvia que les caía se las mojara.

Casos hubo de hombres, que al resultar heridos de guerra exclamaron: ¡»Caramba, lo más que siento es la ropa»!<sup>66</sup>

También, por Grover Flint sabemos de casos de insurrectos que sabiendo que en su ropa se anidaban carárganos<sup>67</sup> se resistían a lavarlas y hervirlas por

<sup>65</sup> SHM, sec. *Ponencia de Ultramar*, fdo. Cuba 19, ser. *Insurrección*, leg. 4, arm. 3, tab. 1.<sup>a</sup>, micr. n.º 4, doc. [s/n].

<sup>66</sup> Miguel VARONA GUERRERO, *op. cit.*, t. II, p. 854.

<sup>67</sup> **Carángano**: Esteban Pichardo dice que carángano o carámbano es el piojo (*Pediculus humanus*) muy grande que suelen tener algunos negros, marineros o gentualla; *Vid.* Esteban PICHARDO, *Diccionario provincial casi razonado de voces [sic.] y frases cubanas*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1976, p. 142.

el sólo temor a que se deterioraran. El periodista del *New York Journal* se refiere a un día en que amenazó a Alfredo, su asistente, con desistir de sus servicios y enviarlo junto con los demás negros que formaban la impedimenta si antes no se bañaba y hervía su ropa en la que se anidaban carárganos, y es así como lo relata:

Una mañana me horrorizó encontrar otra vez dos **carárganos** en mi camisa. Allá en Matanzas había comprado una raída capa de agua a un **pacífico**, que resultó inútil para protegerme contra la lluvia; pero que me servía de frazada durante la noche. Como Alfredo llevaba esta capa enrollada y atada en su montura durante el día, recordé la sospecha de Morón y conjeturé que los **carárganos** procedían de mi **asistente**.

Cuando hicimos alto al mediodía, pedí prestado un cubo de hojalata y fui a caballo al río, seguido de mi confiado sirviente. Alfredo encendió una fogata y yo herví mi ropa como antes y bañé. Cuando estuve vestido, ordené a Alfredo que se desnudara e hirviera su ropa también. Esto era una afrenta y él se negó. Opuso que su vestimenta difícilmente se mantenía entera tal como estaba, y que lavarla, y no digamos hervirla, la destruía. ¿E iba él a andar desnudo? El hecho de ser negro no era razón para coger **carárganos**. Algunos blancos, si se iba a ver, también lo tenían. Yo le dije que se fuera con la impedimenta, que le iba a pedir al general Gómez que me diera otro **asistente**. Entonces cedió y lo hice bañarse de pies a cabeza tres veces, mientras su camisa y sus pantalones hervían y burbujeaban en la orilla<sup>68</sup>.

A José Martí no se escapó el mínimo detalle de todo cuanto veía y vivía en la travesía de Playitas a Dos Ríos, y le preocupó el problema de la insuficiencia de vestuario y calzado en las fuerzas cubanas, y en su *Diario*, nos ofrece varias imágenes con el estado del mambí en los inicios de la Guerra de 1895. La primera de estas descripciones corresponde a la partida de Félix Ruenes, la partida insurrecta que salió al encuentro de los seis expedicionarios en tierra de Baracoa, de la que escribió el apóstol que iban «vestidos desiguales, de camiseta algunos, camisa y pantalón otros, otros chamarreta y calzón crudo: yareyes de pico: negros, pardos, dos españoles»<sup>69</sup>; los que después pasaron el mayor tiempo de la guerra casi desnudos y por momentos en la más completa indigencia. Parecida es la imagen que ofreció el fundador del Partido Revolucionario Cubano en torno al capitán José Rafael Pacheco, el campesino mambí que se presentó a la comitiva revolucionaria en las inmediaciones del río Cauto, y el que expresó, con palabras tenaces y envueltas en decoro, que sólo había ido a servir a la patria. Un discurso que Pacheco concluyó diciendo: «Mis polainas son éstas», [y agrega Martí] (las pantorrillas desnudas:

<sup>68</sup> Grover FLINT, *op. cit.*, p. 137.

<sup>69</sup> José MARTÍ PÉREZ, *op. cit.*, 1985, p. 7.

el pantalón, a la rodilla, los borceguíes de vaqueta: el yarey, amarillo y púrpura»<sup>70</sup>.

Serafín Espinosa y Ramos, en *Al trote y sin estribo; recuerdos de la guerra de independencia*, también narra con soltura y amenidad su estancia en la manigua villaclareña al comenzar la guerra en el año 1895. Del primer día entre los insurrectos, de la transformación de la indumentaria, y de las impresiones del momento, nos habla en el primer capítulo de su informativa memoria, donde describe tal como vio a los primeros mambises:

las caras tostadas, renegridas por el sol, mostrando la escasez de navajas y tijeras que mantuvieran a una largura prudente las barbas y los cabellos; los sombreros de la mayoría de panamá o yarey, de todos los tamaños y formas, mohosos, unos con el ala levantada al frente prendida a manera de escarapela, pegada a la copa, otros con ésta formando cuatro hendiduras simétricas que hacían un pico al centro, todos con un cordón en la parte posterior colgando que lo sujetaba al cuello; las ropas, indicando que cada cual usaba lo que más a mano tenía, sucias, llenas de lodo seco, grasosas, muchas desgarradas...<sup>71</sup>.

Grover Flint en *Marchando con Gómez* retrata al contingente mambí que mandaba el comandante Juan José Andarje en Sabana Nueva, provincia de Matanzas, en marzo de 1896: «La mayoría de ellos, apenas cubiertos con andrajos de algodón, dejaban ver, por los rasgones, epidermis tan oscura como el bronce; aunque algunos llevaban orgullosamente chaquetas de hilo blanco, recién lavadas por admiradoras pacifiquitas<sup>72</sup> del valle. No había dos sombreros iguales; algunos tenían ala, y el mejor de ellos evidentemente había sido hecho en casa»; y en otra parte del relato el periodista norteamericano resalta la imagen de los soldados que vigilaban el acceso a Sabana Nueva:

En la única entrada del campamento estaba la guardia de retén, unos veinte negros poderosos, orientales, pertenecientes a la infantería de Quintín Bandera, que habían acompañado a Maceo desde el extremo oriental de la Isla y habían sido últimamente incorporados a la fuerza de Andarje.

Cuatro o cinco de estos negros tenían esposas, mujeres de color muy oscuro, descalzas y ligeramente vestidas, a las que solía vérselas agachadas, cocinando para sus esposos y sus amigos particulares. La vigilancia en el único acceso desde el valle era confiada a estos soldados negros, quienes, como los infantes de marina de un buque de guerra, estaban siempre de guardia y no dejaban salir

<sup>70</sup> *Ibidem*, p. 87.

<sup>71</sup> Serafín ESPINOSA Y RAMOS, *Al trote y sin estribos; recuerdos de la guerra de independencia*, La Habana, Jesús Montero, 1946, p. 48.

<sup>72</sup> **Pacifiquitas**: diminutivo femenino de *pacífico*, frecuentemente usado por los cubanos, al igual que *cubanita*, al referirse a las jóvenes atractivas; nota de Francisco PÉREZ GUZMÁN en Grover FLINT, *op. cit.*, p. 15.

a nadie del campamento sin un pase firmado por el oficial de servicio. Aunque analfabetos, poseían las agudas dotes de observación de éstos, y sabían reconocer, y no leer, las firmas de sus oficiales.

Estos eran los hombres más harapientos que yo haya visto jamás. Algunos vestían sólo con sacos de yute, sostenidos alrededor del cinto para cartuchera, con algún mero resto de camisa o de pantalones. Algunos no tenían sombreros, pero todos estaban contentos; y sonreían continuamente, mostrando sus dientes de marfil y sus córneas blancas. Sus guardias eran ligeras, porque sólo las hacían una hora cada uno, por turno, y pasaban el resto del tiempo simplemente viendo<sup>73</sup>.

Soldados de la infantería de Andarje que estaban desnudos como las escoltas del brigadier José Lacret Morlot, unos sesenta negros que antes habían sido cortadores de caña y luego con sus andrajos sirvieron a la revolución<sup>74</sup>. Estado de indigencia que Flint igualó a la impedimenta que marchaba con la fuerza del general Máximo Gómez en similar período: «Los hombres que la componían eran tan estrafalarios en vestimenta y equipo como los que yo había visto con Lacret; pero estaban mejor montados, porque los caballos abundaban más en Las Villas que en Matanzas»<sup>75</sup>.

Flint al describir la apariencia que presentaba la compañía de infantería que constituyó la retaguardia de la fuerza de Gómez al entrar a Camagüey, la llamada «los cien héroes», indica que se encontraban

Harapientos hasta el pellejo y molidos hasta los huesos, de todos colores y tamaños con sus largos rifles Remington o Máuser cruzados en los hombros (como quiera, en todo caso), desfilaban en el paisaje como móviles masas de tierra. En los trillos que los cascos de nuestros caballos abrían en las cañadas lodosas de los bosques, sus pies resbalaban, saltaban de un lado a otro en busca de puntos más firmes, o vadeaban charcos y arroyuelos con el agua hasta la rodilla. Llevaban raros y diversos utensilios de cocina: hasta viejas regaderas encontradas en jardines abandonados. Estaban necesitados de todo: zapatos, sombreros, equipos de cualquier clase. Por fortuna para ellos, pronto iban a ser reequipados; porque cerca de Najasa fue distribuida entre ellos parte de los primeros envíos de suministros de los talleres del gobierno<sup>76</sup>.

De una copia de *Mi Álbum de la Guerra*, de José Cruz y Pérez, Primer Corneta de Orden del general Máximo Gómez, y que existe en el Archivo Nacional de Cuba, extrajimos un conjunto de narraciones que enriquecen el co-

<sup>73</sup> Grover FLINT, *op. cit.*, pp. 15-16.

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. 36.

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 110.

<sup>76</sup> *Ibidem*, p. 145.

nocimiento de la insuficiencia de vestuario y calzado en las fuerzas cubanas, siendo la desnudez del soldado uno de los testimonios más impresionantes. Relata el Primer Corneta que el capitán Angel E. Rosende y de Zayas<sup>77</sup>, escolta de Gómez, llegó en 1896 a la manigua bastante bien equipado con sus botas amarillas, saco y pantalón negro y su sombrero de jipijapa, y en corto tiempo todo ese buen traje desapareció; porque las inclemencias atmosféricas se encargaron de su destrucción, y quedó a los pocos meses el Capitán Rosende desnudo y descalzo tanto en la exploración como en el combate<sup>78</sup>.

Y asimismo, el testigo refleja en su *Álbum*: «Cuántas veces en plena marcha nos encontramos al subteniente [Arturo] Carrasco, desnudo y descalzo y marchando a la retaguardia de la infantería del bravo brigadier José González Planas»<sup>79</sup>. De la misma forma que juzga, en el año 1897, al Cuerpo de Infantería que dirigía el coronel José D'Estrampes (Pepe D'Estrampes), oriundo del Estado de Luisiana, Estados Unidos, cuando expresa:

...era la semejanza de una tribu de caníbales del congo. No había uno solo de aquellos sufridos soldados que pudiera contar con un pedazo de tela para cubrir su desnudez y poner a salvo su cuerpo del azote de los mosquitos, el frío y el agua, teniendo como sombrero, el que no lo usaba de yagua, a su larga cabellera que le servía para poner su cráneo al resguardo de los rayos del sol.

Y Estrampes: pantalón roto a la rodilla con unas simuladas polainas que debían buena suma a un muladar, camiseta sin mangas y sólo le quedaba la copa a uno que había sido su buen sombrero de jipijapa.

Y así sufría él y sus soldados en aquellas regiones de hambre y desnudez con increíble satisfacción; y mucho más la tenía, cuando venía el enemigo y ellos escuchaban: ¡que venga Estrampes con su gente!<sup>80</sup>.

La fuerza de Calixto García repitió en la Guerra de 1895 la misma situación lamentable que experimentó en la Guerra de los Diez Años, principalmente en 1897, el año más difícil de ese período. Un estado crítico que en los abastecimientos de los recursos continuó en el Regimiento Calixto García, formado por el coronel Aurelio Collazo. En esa unidad, los oficiales compartían el sacrificio con los soldados usando taparrabos con las insignias que in-

<sup>77</sup> Vid. Ángel E. ROSENDE Y DE ZAYAS, *Con sombrero de Yagua*, La Habana, Molina, 1932; y *Conspirador y de soldado a capitán*, Pról. de Antonio IRAIZOZ, La Habana, [s. e.], 1928.

<sup>78</sup> ANC, fdo., *Academia de la Historia*, leg. 105, n.º 187, p. 79. Copia de *Mi Álbum de la Guerra*. José CRUZ Y PÉREZ, Primer Corneta de Ordenes del General en Jefe Máximo Gómez.

<sup>79</sup> *Ibidem*, p. 46. Por José CRUZ Y PÉREZ sabemos que Arturo Carrasco pertenece a aquel grupo de cubanos que teniendo una vida acomodada en la emigración, deja las comodidades de su hogar tranquilo para sumarse a una expedición y venir a los campos de Cuba y sucumbir por ella. Ya en los albores de la paz, en el campamento de «Rojas» (Remedios) cae enfermo con un fuerte paludismo y sucumbe.

<sup>80</sup> *Ibidem*, p. 52.



dicaban sus graduaciones en las bandoleras puestas sobre sus hombros, sin más indumentaria que la piel natural.

José Isabel Herrera (Mangoché), que pertenecía a ese Regimiento, reunió, con el título de *Impresiones de la guerra de independencia*, un conjunto de datos y hechos vividos por él en la manigua, en el que ofrece múltiples detalles de la vida en campaña del soldado mambí. Del último día del año 1897, es la siguiente semblanza que nos rememora Mangoché:

Estabamos unos semidesnudos y otros con un taparrabo desflecado que sólo cubría 8 ó 10 pulgadas mas abajo de la cintura. Otros tenían puesto un ripio de lo que fuera un pantalón. [...] Estos hombres estaban desfigurados por el frío, a tal extremo que los negros tenían un color cenizo oscuro, tal parecía que le habían pintado adrede y los blancos presentaban una lista roja como si le hubieran dado con una faja de muchas ramas, éste era el estado del regimiento Calixto García en aquella época<sup>81</sup>.

Por su parte, José Cruz y Pérez recoge en su *Álbum* la entrada triunfal de la tropa del general José Miguel Gómez en el poblado de Arroyo Blanco, el 27 de julio de 1898. El primer corneta de orden del general Máximo Gómez especifica que al pasar frente a la guarnición rodeada del Ejército Español, éstos quedaron admirados de la desnudez y el estado de los soldados cubanos, tal como en el ataque al poblado de Yara en la Guerra de los Diez Años, y manifiesta: «nosotros ante esa admiración recordamos parte de unos versos del coronel Fernando Figueredo, que decían más o menos: Sin camisa, triunfantes entraron....»<sup>82</sup>.

De esta misma manera, en la amplia bibliografía de la guerra se recogen abundantes anécdotas en torno al mambí, muchas de ellas cargadas de preocupaciones y otras en las que el soldado aplica asombrosos procedimientos para cubrir el cuerpo desnudo. Algunas de las narraciones ya se vienen citando desde las páginas iniciales de este estudio, y otras que ahora exponemos al analizar la falta de calzado.

La situación del calzado fue igualmente lamentable para el Ejército Libertador de Cuba. Las largas caminatas que los mambises se veían obligados a efectuar, en muchos de los casos se realizaban «a pie y descalzo», con los pies lacerados por el abrupto terreno y con pocas posibilidades de ser calzados.

<sup>81</sup> JOSÉ ISABEL HERRERA, *Impresiones de la guerra de independencia*, (Narrado por el Soldado del Ejército Libertador JOSÉ ISABEL HERRERA, «Mangoché», [La Habana], [s. e.], 1948, p. 120.

<sup>82</sup> «ante el mundo mostrando, orgullosos, // que aunque pobres son libres, dichosos, // siervos no de un tirano opresor». ANC, fdo., *Academia de la Historia*, leg. 105, n.º 187, pp. 47-48; Copia de *Mi Álbum de la Guerra*. Vid, *supra*, nota n.º 87.

Una peculiaridad que relató el teniente coronel Ramón Roa, uno de los hombres que «fue mambí de pluma y machete»<sup>83</sup>.

Si bien —y resumo el sentir de varios veteranos de la Guerra de 1895<sup>84</sup>— cuando los pies lastimados e hinchados no podían más, se les amarraban dos pedazos de yagua, se les envolvían con hojas de plátano y malanga o cualquier cuero de res sin curtir, y se continuaba la marcha hasta el final. Principio de voluntad y austeridad mambí que quedó singularizado, entre tantas anécdotas, en uno de los relatos que nos ofrece el mismo teniente coronel Ramón Roa, y que dice: «De piel de vaca sin adobo, cocida con cuerda de majagua, improvisé un calzado que a causa de las moscas que acudían al olor de grasa, con poca repugnancia hube de ponérmelo siendo todo preferible a seguir andando con los pies desnudos»<sup>85</sup>.

Así, el mambí daba igual uso a los zapatos cuando les quedaba pequeños. Era muy común, cuando se encontraban con esta situación, que se rompieran por delante, siempre conservando el contrafuerte, y que con una cuerda se aseguraran las suelas a las plantas del pie.

Caso curioso, el del soldado sin calzado que llevaba polainas y espuela<sup>86</sup>. Rasgo principalmente notable en los hombres de caballería, que utilizaban las polainas para protegerse las piernas del roce con las bestias y los matorrales, y la espuela para hacer caminar al caballo. Sin embargo, los mambienses no siempre pudieron disponer del uso de polainas confeccionadas de piel y en sustitución las improvisaban de yagua u otro material, e incluso la envoltura de fibras del tallo de la mata de plátano. Lo mismo que sucedía con la espuela que, aunque se fundían normalmente de bronce, algunos lograron tenerlas de metales más preciados como plata<sup>87</sup>, y los menos favorecidos las hacían con los alambres de las cercas, los clavos de las casas quemadas y de los residuos de los balaústres de hierro. La correa de la espuela era de cuero, y cuando no había cuero se ajustaba con una cuerda de majagua al tobillo. En los museos históricos cubanos se exhiben abundante muestra de polainas

---

<sup>83</sup> Raúl ROA, *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1970, p. 21.

<sup>84</sup> «Entrevistas a varios veteranos de la Guerra de Independencia». Ensayo inédito cedido por Juan Antonio COLUMBIÉ (ÑIQUITO), Historiador Oficial del municipio Songo-La Maya, Santiago de Cuba, Alto Songo, mayo de 1981.

<sup>85</sup> Ramón ROA, *op. cit.*, p. 84.

<sup>86</sup> *Vid.* los testimonios de: José CRUZ Y PÉREZ, Primer Corneta de Ordenes del general Máximo Gómez, en ANC, fdo., *Academia de la Historia*, leg. 105, n.º 187, pp. 52 y 79. Copia de *Mi Álbum de la Guerra*; John BROOKS HENDERSON, *Diario de la Marina*, 16 de enero de 1873; y, Antonio ROSAL Y VÁZQUEZ DE MONDRAGÓN, pp. 31-32 y 141-142.

<sup>87</sup> Las espuelas de plata que usa el general Máximo Gómez en el año 1896 las regala, como muestra de estimación, al general Eusebio Hernández Pérez.

y espuelas, desde piezas cuidadosamente elaboradas hasta otras reliquias que sólo son andrajos<sup>88</sup>.

De mambises descalzos y mal calzados se ha hablado en casi todos los diarios de campaña, relatos y episodios de la guerra, ya sean escritos por cubanos o por españoles. En los partes militares del Ejército Español en operaciones la alusión a esta escasez en las fuerzas cubanas es constante. En más de un documento se manifiesta haber seguido el rastro de partidas insurrectas por las huellas de los caballos y del personal descalzo<sup>89</sup>; y en las cartas particulares a familiares y amigos de los insurrectos se reiteran las solicitudes para que envíen zapatos y ropa a la manigua<sup>90</sup>.

En el «Ejército Libertador de Cuba», el uso que se daba al calzado es de igual heterogeneidad que el de la ropa; pero, si vestirse era complicado en estos años de conflictos, calzar los pies desnudos lo era más, y por múltiples razones. Se ha hablado de fuerzas insurrectas que estaban enteramente descalzas, de columnas que marchaban durante mucho tiempo con zapatos muy deteriorados, de hombres que nunca llegaron a usar zapatos durante la guerra, aún en condiciones medianamente normales; y sobre todo de los negros, para los que andar descalzos era costumbre. Tal es el caso del teniente coronel Luis Dupuy que pasó toda la guerra descalzo por principio, porque no quería, como él decía, que ningún gallego «gane plata» vendiéndole calzado<sup>91</sup>; y el de otros negros que se esforzaban por conseguir un par de zapatos a cualquier precio y cuando lo tenían, al día de usarlo, desistían de ello.

El poco hábito de los negros en el uso de zapatos hizo que tardaran tiempo en acostumbrarse, mientras muchos preferían seguir con los pies descalzos. Quienes los gastaban sólo se los ponían por momentos, y muy poco durante las marchas, que era cuando más se necesitaban. En los relatos que incluyen los partes de operaciones del Ejército Español se lee que los negros mambises, ante la sorpresa de cualquier encuentro con las fuerzas españolas, huían, y al correr se quitaban los zapatos, muchos de ellos dejándolos en el *seboruco*<sup>92</sup>, y otros escondiéndolos o enterrándolos en la manigua<sup>93</sup>.

---

<sup>88</sup> Entre ellos, en el Museo de la Ciudad de La Habana se exhibe una polaina de Máximo Gómez y en el Museo Emilio Bacardí de Santiago de Cuba la espuela de José Martí.

<sup>89</sup> Vid, SHM, sec. *Ponencia de Ultramar*, fdo. Cuba 23, ser. *Insurrección*, leg. 1, arm. 3, tab. 1.<sup>a</sup>, micr. n.º 6, doc. [s/n]; y Cuba 30, ser. *Insurrección*, leg. 9, arm. 3, tab. 3.<sup>a</sup>, micr. n.º 6, doc. [s/n].

<sup>90</sup> Vid, *infra*, pp. 121-123.

<sup>91</sup> ANC, fdo. *Academia de la Historia*, caja 575, sig. 1, *Diario de Operaciones de Carlos Mueche Bertel, ayudante de Sanidad Militar, con la Columna Volante del coronel Carlos García Valdés*, p. 42. Observación que realiza Mueche Bertel en el Campamento de La Rosita, el 3 de octubre de 1897.

<sup>92</sup> **Seboruco**: en Cuba es cierta piedra porosa de la costa, y el mambí utiliza esta acepción para referirse a un camino o guardarraya intransitable.

<sup>93</sup> SHM, sec. *Ponencia de Ultramar*, fdo. Cuba 28, ser. *Insurrección*, leg. 6, arm. 3, tab. 2.<sup>a</sup>, micr. n.º 6, doc. [s/n].

En los años de guerras se estrenaron distintos tipos de calzados, tanto o más que en los restantes años del siglo, y la mayoría de ellos artesanales, fabricados por el mismo soldado. En este período se distinguieron fuerzas en las que los soldados gastaban los más variados modelos de zapatos. Además de hablarse de forma de confección que con anterioridad no se registraban en las obras de los cronistas más consagrados, como es el uso de los jarretes de un toro, tipo de borceguíes que utilizaban los campesinos en las labranzas<sup>94</sup>, y las sandalias de yagua y majagua de uso expandido por todos los campos, más otras usanzas que se revitalizaron y cobraron un carácter verdaderamente nacional en manos de los insurrectos, ya que como atributos patrios incidieron en la definición de lo que hoy se considera autóctono cubano. Tal es el caso de la típica ropa campesina que ya describimos, y que era la misma que por antonomasia usaban los mambises, con la exclusión de la guayabera, de la que no se encontraba todavía en este siglo XIX definición expresa para este sector de la población; sólo en una de las descripciones que realizó Francisco Camps y Felíu de la Guerra de los Diez Años se advierte que en los batallones vestían de pantalón y chamarreta de lienzo crudo, y que la chamarreta «es una camiseta con pliegues y rodeada de bolsillos»<sup>95</sup>. Hasta finales del diecinueve seguía siendo la guayabera una prenda costosa y escasa que sólo usaban los hombres ricos, el campesino y el cubano pobre no pudieron ponerse guayabera, y menos de hilo y de Holanda fina como luego solió usarse en el siglo XX.

La sandalia, tejida de fibras vegetales o cuero, fue el denominador común entre los tipos de calzado que gastaban los miembros del Ejército Libertador de Cuba. Apreciación válida para todo el ciclo independentista, y uso que hoy sigue vigente en determinados núcleos de la población campesina, sobre todo en la región más oriental del país.

Entre la sandalia, chancleta, cutara y alfalaca<sup>96</sup>, existía bastante uniformidad, y fue el calzado que pudo tener el mambí. Apropiado para el clima tropical en los meses de intenso calor, no era así cuando llegaban los temporales de lluvias; ya que al emplearse fibras vegetales y cuero mal curtido se tenía una mayor propensión a los ataques de las niguas (*pulex penetrans*) y a otros insectos que se introducen en los pies y forman colonias bajo la piel, causando graves dolores, y la imposibilidad de caminar.

<sup>94</sup> ANC, fdo. *Academia de la Historia*, leg. 69, n.º 102, pp. 63-64.

<sup>95</sup> FRANCISCO DE CAMPS Y FELIÚ, *Españoles e insurrectos; recuerdos de la guerra de Cuba*, Habana, Establecimiento tipográfico de A. Alvarez y Cía, 1890, p. 59.

<sup>96</sup> **Alfalaca**: especie de *abarcas* de pellejo sin curtir. Dice Fernando Ortiz que parece voz de origen árabe o moruno; *Vid.*, Fernando ORTIZ, *Nuevo catauro de cubanismos*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1985, p. 43.

Con relación al uso de cutara<sup>97</sup> en la Guerra Grande, el oficial español Antonio Rosal y Vázquez de Mondragón manifiesta en su testimonio: «En el calzado también se nota bastante uniformidad, pues casi todos usan unas alpargatas que llaman *cutaras*, hechas por ellos mismos con hojas de *yarey*; otros llevan zapatos de munición, y muchos están completamente descalzados»<sup>98</sup>. Del mismo modo que sabemos por éste y por otros testigos que en la primera guerra líderes insurrectos como Carlos Manuel de Céspedes y Salvador Cisneros Betancourt, ambos presidentes de la República en Armas, llegaron a usar cutaras y chancletas de fibras vegetales, un aspecto que puede corroborarse en las páginas anteriores, cuando se describe el vestuario del mambí, que es donde este uso queda mejor singularizado<sup>99</sup>.

Y con todo eso, en los días finales de la guerra hispano-cubano-norteamericana se seguía viendo a soldados con cutaras de fibras vegetales. En el *Diario de Operaciones de Carlos Mueche Bertel*, ayudante de Sanidad Militar en la Columna Volante del coronel Carlos García Valdés, se dice: «algunos usan, en lugar de zapatos, unas cutaras hechas de yagua de palma y amarradas a la garganta del pie [al tobillo] en forma de las que usaban los antiguos romanos y griegos»<sup>100</sup>.

En el campamento de Santa Teresa, uno de los últimos recintos del Ejército Libertador de Cuba, un joven mambí de Sancti Spiritus, Germán Isla, entre los recuerdos de los días más difíciles de la guerra, y la inminente despedida de sus compañeros, un poco condolido y otro poco emocionado, toma el *Álbum* de José Cruz y Pérez, y escribe:

Hoy comprender quisiera  
hacerte aquí algún relato,  
más...! se me ha roto un zapato  
y no hay voluntad siquiera».

\* \* \*

De mi efecto lisonjero  
recibe pues la expresión,

<sup>97</sup> **Cutara**: esta palabra no la recoge el *Diccionario de la Lengua Española*, de la Real Academia; Esteban PICHARDO, *op. cit.*, pp. 203, sitúa el uso del término en el Departamento Oriental, que es lo mismo que Chancleta en el Departamento Occidental, prendas que todavía se usan y diferencias que perviven en el habla del cubano actual.

<sup>98</sup> Antonio ROSAL Y VÁZQUEZ DE MONDRAGÓN, *op. cit.*, pp. 31-32.

<sup>99</sup> *Vid supra*, Eusebio LEAL SPENGLER, *op. cit.*, p. 281; Antonio ROSAL Y VÁZQUEZ DE MONDRAGÓN, *op. cit.*, pp. 31-32 y 141-142; Fernando FIGUEREDO SOCARRÁS, *La Revolución de Yara*, La Habana, Instituto del Libro, 1968, p. 203.

<sup>100</sup> ANC, fdo. *Academia de la Historia*, caja 575, sig. 1, *Diario de Operaciones de Carlos Mueche Bertel, ayudante de Sanidad Militar, con la Columna Volante del coronel Carlos García Valdés*. Hoja del *Diario* fechada en el Campamento de Yareyal, Holguín, a 15 de junio de 1898.

más si fijas la atención  
 en mis zapatos ligeros,  
 advierte que todo entero  
 se le ha caído el tacón».

Campamento de Santa Teresa, 1898<sup>101</sup>.

Todavía, en estos primeros días en que cesa el conflicto, el capitán Thomas E. Curtis, de la Infantería de Remedios, llamaba la atención por el uso de unas buenas y lustrosas polainas que llevaba, sólo que al levantar el pie era cuando se sabía lo poco que le valían las mismas. Curtis andaba con unos zapatos sin suela, y caminaba completamente descalzo; y José Cruz y Pérez reflejó en *Mi Álbum de la Guerra*: «al firmarse la paz [...] fuimos testigos del encuentro entre madre, hijos y hermanas, donde Curtis, con su jolongo a cuestas, recibió unos buenos botines que le traía la familia y él exclamó...; más nunca creí el verme calzado!»<sup>102</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

### a) Fuentes

Archivo Histórico Nacional, Madrid, (AHN), sec. *Ultramar*, fdo. *Cuba*, ser. *Insurrección*: Leg. 4439, n.º 30, doc. 26 y 28; leg. 5837, n.º 52, doc. 19; leg. 5838, n.º 46, doc. 48; leg. 5839, n.º 20, doc. 2 y n.º 27, doc. 34.

Archivo Nacional de Cuba, La Habana, (ANC), Fondo *Academia de la Historia*, leg. 69, n.º 102; leg. 105, n.º 187; caja 575, sig. 1.

Servicio Histórico Militar, Madrid, (SHM), Sección *Ponencia de Ultramar*, Fondo *Cuba* 19, ser. *Insurrección*, leg. 4, arm. 3, tab. 1.ª, micr. n.º 4, doc. [s/n]; fdo. *Cuba* 23, ser. *Insurrección*, leg. 1, arm. 3, tab. 1.ª, micr. n.º 6, doc. [s/n]; fdo. *Cuba* 28, leg. 7, arm. 3, tab. 2.ª, micr. n.º 6, doc. [s/n]; fdo. *Cuba* 29, leg. 8, arm. 3, tab. 1.ª, micr. n.º 6, doc. [s/n]; fdo. *Cuba* 30, leg. 9, arm. 3, tab. 3.ª, micr. n.º 6, doc. [s/n]; fdo. *Cuba* 57, ser. *Insurrección*, leg. 2, arm. 5, tab. 1.ª, micr. n.º 21, doc. [s/n]; fdo. *Cuba* 66, leg. 11, arm. 5, tab. 3.ª, micr. n.º 17, doc. [s/n]; fdo. *Cuba* 80, leg. 9, arm. 6, tab. 3.ª, micr. n.º 21, doc. [s/n].

### c) Publicaciones periódicas y revistas

*Diario de la Marina*, La Habana.

*Revolución y Cultura*, La Habana.

<sup>101</sup> *Ibidem*, leg. 105, n.º 187, Copia de *Mi Álbum de la Guerra*, de José CRUZ Y PÉREZ..., p. 79.

<sup>102</sup> *Ibidem*, p. 85.

## d) Libros y artículos

- ADÁN RODRÍGUEZ, Eva (1935): *Hojas de recuerdos*, Prólogo del Dr. Gonzalo Aróstegui y del Castillo, La Habana, Impr. Molina.
- ANEL URBEZ, Joaquín (1994): *Historia del Uniforme de Sanidad Militar*, La Coruña, Ed. Borsao.
- BOZA Y SÁNCHEZ, B. (1974): *Mi diario de la guerra*, t. 1, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- BUENO CARRERA, José María (1998): *Soldados de España. El uniforme militar español desde los Reyes Católicos hasta Juan Carlos I*, Madrid, Ed. Almena.
- CAMPS Y FELIÚ, Francisco de (1890): *Espanoles e insurrectos; recuerdos de la guerra de Cuba*, Habana, Establecimiento tipográfico de A. Álvarez y Cía.
- CASASÚS, J. J. E. (1962): *Calixto García (el estratega)*, La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.
- CÉSPEDES, Carlos Manuel de (1964): *Cartas de Carlos Manuel de Céspedes a su esposa Ana de Quesada*, La Habana, Instituto de Historia.
- COLUMBIÉ, Juan Antonio: *Entrevistas a varios veteranos de la Guerra de Independencia*, Santiago de Cuba, Inédito.
- DÍAZ BENZO, Antonio (1897): *Pequeñeces de la guerra de Cuba por un español*, Madrid, Impr. de los Hijos de M. G. Hernández.
- ESPINOSA Y RAMOS, Serafín (1946): *Al trote y sin estribos; recuerdos de la guerra de independencia*, La Habana, Jesús Montero.
- FIGUEREDO SOCARRÁS, Francisco (1968): *La Revolución de Yara*, La Habana, Instituto del Libro.
- FLINT, Grover (1983): *Marchando con Gómez*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- GÓMEZ BÁEZ, Máximo (1998): *Diario de Campaña (1868-1898)*, Estudio preliminar de Carmen Almodóvar, Oviedo, Servicios de Publicaciones, Universidad de Oviedo.
- (1892): *El viejo Eduá; o mi último asistente*, Key West, Impr. El Yara.
- GÓMEZ TORO, Bernardo (Editor) (1927): *Revoluciones... Cuba y hogar*, Habana, Impr. Rambla y Bouza.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Rolando (1998): «Maceo: El cubano que más conoció la América (entrevista a José Luciano Franco)», en *Visión Múltiple de Antonio Maceo*, [Colectivo de Autores], Santiago de Cuba, Ed. Oriente.
- GOODMAN, Walter (1965): *Un artista en Cuba*, La Habana, Ed. del Consejo Nacional de Cultura.
- GRAVE DE PERALTA, Julio (1988): *Documentos de la Guerra de Cuba*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- GUERRERO ACOSTA, José M. (1998): «Cuba 1898. Vestuario, equipo y vida del soldado», en *Militaria*, n.º 13.
- GUTIÉRREZ DE LA CONCHA, José (Marqués de la Habana) (1875): *Memoria sobre la guerra de la isla de Cuba y sobre su estado político y económico desde abril de 1874 hasta marzo de 1875*, Madrid, Establecimiento tipográfico de R. Labajos.
- HERNÁNDEZ POGGIO, Ramón (1879): «Remembranzas médicas de la guerra separatista de Cuba» [IV. Vestuario], en *La Gaceta de Sanidad Militar*, t. V.



- HERRERA, José Isabel (1948): *Impresiones de la guerra de independencia*, (Narrado por el Soldado del Ejército Libertador José Isabel Herrera, «Mangoché», [La Habana], [s. e.].
- LEAL SPENGLER, Eusebio (1992): *Carlos Manuel de Céspedes. El Diario perdido*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- LLOFRIÚ Y SAGRERA, E. (1870): *Historia de la insurrección y guerra de la isla de Cuba*, t. II, Madrid, Impr. de Galería Literaria.
- MARTÍ PÉREZ, José: *Diario de Campaña*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1985.
- (1975): *Obras completas*, t. IV, La Habana, Ed. Nacional de Cuba.
- MÉNDEZ CAPOTE, R. (1975): *Relatos heroicos*, La Habana, Ed. Gente Nueva, 1975.
- MOSSONS, José M.<sup>a</sup> (1994): *Historia de la Sanidad Militar Española*, t. II, Barcelona, Ed. Pomares-Corredor, S.A.
- MUSEO DEL EJÉRCITO DE MADRID (1901): *Catálogo General del Museo de Artillería*, t. I, Madrid, Impr. de Eduardo Arias.
- NORTH, Rene (1972): *Uniformes Militares 1686-1918*, Barcelona, Ed. Bruguera.
- O'KELLY, James J. (1968): *La tierra del Mambí*, La Habana, Instituto del Libro.
- ORTIZ, Fernando (1985): *Nuevo catauro de cubanismos*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- OTERO PIMENTEL, Luis (1876): *Memoria sobre los voluntarios de la Isla de Cuba. Consideraciones relativas a su pasado, presente y su porvenir*, Habana, La Propaganda Literaria.
- PÉREZ CANCIO, C. (1974): *Datos históricos de la Guerra de Independencia en Trinidad*, Trinidad, [Impreso Actualidades, Gloria n.º 8].
- PICHARDO, Esteban (1976): *Diccionario provincial casi razonado de voces [sic.] y frases cubanas*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- PIRALA Y CRIADO, A. (1895-98): *Anales de la Guerra de Cuba*, Madrid, Ed. Felipe González Rojas.
- ROA, Raúl (1970): *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí*, La Habana, Instituto Cubano del Libro.
- ROSAL Y VÁZQUEZ DE MONDRAGÓN, Antonio (1876): *En la manigua, diario de mi cautiverio*, Madrid, Impr. de Bernardino y Cao.
- ROSENDE Y DE ZAYAS, Ángel E. (1928): *Con sombrero de Yagua*, La Habana, Molina, 1932; y *Conspirador y de soldado a capitán*, Pról. de Antonio Iraizoz, La Habana, [s. e.].
- SÁNCHEZ VALDIVIA, Serafín (1981): *Héroes humildes y los poetas de la guerra*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.
- SARMIENTO RAMÍREZ, Ismael (2001): «Cultura material en el Ejército Libertador de Cuba, (1868-1898)», en *Del Caribe*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, n.º 35, pp. 95-109.
- (1996<sup>a</sup>): «La artesanía popular tradicional cubana: del legado aborigen al utilaje Mambí», en *Estudios de Historia Social y Económica de América*, Universidad de Alcalá, n.º 13, pp. 503-506.
- (1996<sup>b</sup>): «Misceláneas de la Guerra de Cuba,» Conferencia dictada en el Aula General Weyler del Museo Militar «Castell de Sant Carles», Palma de Mallorca, el 26 de abril, en prensa.

SOULERE, Emilio A. (1879): *Historia de la Insurrección de Cuba*, 2 t, Barcelona, Establecimiento Tipográfico Editorial de Jesús Pons.

SOUZA, B. (1972): *Máximo Gómez, el Generalísimo*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.

SOUZA, Benigno (1986): *Máximo Gómez el generalísimo*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.

VARONA GUERRERO, M. (1946): *La Guerra de Independencia de Cuba*, La Habana, Ed. Lex.

ZARAGOZA, J. (1873): *Las Insurrecciones en Cuba. Apuntes para la historia política de esta isla en el presente siglo*, Madrid, Impr. de Manuel G. Hernández.

#### h) Colecciones

Museo del Ejército de Madrid.

Museo de la Ciudad de La Habana.

Museo Parque Histórico Militar El Morro-La Cabaña, Ciudad de La Habana.

Museo Provincial «Ignacio Agramonte», Camagüey, Cuba.

Museo Provincial «Emilio Barcadí», Santiago de Cuba.

Museo «Casa Soledad de Ti-Arriba, La Maya, Santiago de Cuba.



FIG. 1.—Los insurrectos cubanos vestían con la misma ropa de diario que usaban desde antes de la guerra, y aunque el vestuario varió según las circunstancias y cada cual terminó por ponerse lo que pudo, predominó una forma de vestir, que luego ha caracterizado a los miembros del Ejército Libertador de Cuba.



FIG. 2.—Cuando los miembros del Ejército Libertador de Cuba tuvieron la oportunidad de comprar ropa escogieron pantalones y camisas de lienzo y de algodón, casi siempre de colores claros. Prefirieron el algodón por higiénico, por ser propio para el clima y los trajines de las marchas, y además por lo abundante y barato que era; el dril y la creta de hilo, aunque se mantuvieron entre los géneros predilectos del mambí, no todos pudieron adquirirlos.





FIG. 3.—A muchos de los negros esclavos, que fueron libertos y aceptaron sumarse a las fuerzas insurrectas, los testigos de la guerra los describen envueltos en sucios harapos que fueron en su tiempo calzones y camisas de cañamazo y brabante, y que terminaron en residuos de esquivaciones, un modo de vestir en el que se producían muy pocas variaciones.